

PUNTO
ROJO



SUSURROS TÉTRICOS

peter debry

PETER DEBRY

SUSURROS TÉTRICOS

1.ª EDICIÓN
JUNIO 1963



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

517 — La ruta de los pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

680 — Sinfonía en "g" corto.

En Colección BUFALO:

229 — El fortín de los rebeldes.

En Colección CALIFORNIA:

77 — Un póker llamado muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

93 — Espuelas rencorosas.

En Colección COLORADO:

28 — Cachorro de *gun-man*.

En Colección PUNTO ROJO:

54 — Sinistra obsesión.

DEPOSITO LEGAL B 9424-1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

 PETER DEBRY-1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 1467/63

SUSURROS TÈTRICOS

**por
PETER DEBRY**



CAPÍTULO PRIMERO

Adosado al blanco muro del cementerio, Luis Carvajal se persignó devotamente. En su zurda, la pala temblaba en suave oscilación irreprimible. El mejicano volvió a repetirse mentalmente que no iba a profanar una tumba, sino que se disponía a excavar en busca de algo que le proporcionaría la fortuna.

Poseía varios objetos pertenecientes al difunto capitán Soto, pero era indudable que éste se había llevado consigo, a la tumba, el indicio revelador, el detalle complementario que conducía a la posesión de una fortuna incalculable.

La codicia se impuso al miedo, y Luis Carvajal desenrolló de su cintura la cuerda rematada en un garfio marinero.

Un débil fulgor lunar plateaba los contornos. En el sepulcral silencio, el tintineo del garfio al hincarse en el reborde de la tapia resonó amplificado.

Luis Carvajal tensó la cuerda en comprobación preliminar y trepando por ella con la agilidad de un marinero veterano, cabalgó la tapia. Recogiendo la cuerda, la deslizó al otro lado, y el cáñamo serpenteó con susurros tétricos.

Poco después, sus pies trababan contacto con el césped que alfombraba en ancho recuadro el interior del recinto.

La quietud del camposanto se acrecentaba en la tibia medianoche. El mejicano jadeó levemente, orientándose con ojeada temerosa.

La doble hilera de cipreses enmarcaba el espacio central destinado a los nativos de la ciudad. Entre los altos árboles blanqueaban los panteones. Frente a él, se hallaba el sector mejicano. Trazó mentalmente el plano que durante el día había venido a estudiar sobre el terreno. La tumba del capitán Soto era la

sexta, en la franja más próxima a la primera hilera de cipreses.

Luis Carvajal avanzó, con brusca decisión. Era todo un hombre y no una vieja temerosa de espectros y apariciones absurdas, existentes únicamente en mentalidades acaloradas y cobardes.

Fue contando las parcelas en las cuales una modesta cruz indicaba la identidad de los que yacían bajo tierra. Se detuvo ante la sexta parcela, en cuya cruz de blancos maderos, una corona ostentaba el trenzado de flores aún recientes, sin mustiar.

La tierra todavía no había adquirido la sequedad compacta con la cual la acción del tiempo petrificaba las sepulturas más antiguas.

Hundió Carvajal la pala corta.

El capitán Soto había sido enterrado tres días antes. Un hombre macho aquel Julián Soto, qué vivió años enteros entre descendientes de tribus aztecas, en poblados perdidos por selvas intrincadas.

La pala se hundía con facilidad. La tierra, blanda, no oponía gran resistencia a la profanación.

Tres días antes, el capitán Sólo había desembarcado en Mobile. Metido en un ataúd. Su propósito había sido el de reunirse con su hija, cuyo exacto paradero ignoraba.

La pala rozó algo sólido, que produjo un sonido hueco.

Luis Carvajal, sudoroso por el esfuerzo, se pasó el dorso de la manga por el rostro. En su nuca, el sudor era muy frío.

Tenía que pensar en algo que no tuviera nada de macabro. Por ejemplo, en uno de los cuatro objetos a los cuales, en su agonía, el capitán Soto concedía una importancia excesiva: un álbum de mineralogía, una tabla, cuadro de mariposas, un libro extraño de amarillentas hojas... y un loro.

El clásico amigo de los marineros: el ave charlatana.

Al otro lado de la hilera de cipreses, un panteón erguía su puntiaguda cúpula, rematada por un timón. Era el panteón más suntuoso del recinto mortuario que, situado al este de la ciudad, era llamado «Cementerio Marino».

A cada lado de la verja de entrada, montaban inofensiva guardia dos estatuas que formaban un ángulo saliente e inclinado hacia delante. Talladas en madera, eran dos mascarones de proa que plasmaban en doble reproducción las legendarias figuras del lobo de mar.

Una silueta altísima, esquelética, salió del panteón, apoyando por un instante, una mano flaca descarnada, sobre el hombro de una de las figuras de proa.

La porción anatómica que en un cuerpo humano hubiera pertenecido a la cabeza tenía una inclinación elocuente: tendía el oído.

Pero no había órgano auditivo en la pelada calavera, sino una negra concavidad. Las cuencas oculares destilaban un brillo fosforescente, y bajo los dos hoyos nasales, las prognáticas mandíbulas exhibían los largos dientes de lúgubre blancor.

El espectro se movió. Deslizándose con pequeñas sacudidas de rótulas, tensando en torno a la ósea estructura los jirones de una mortaja grisácea.

Luis Carvajal echó la última paletada hacia el montón acumulado a su izquierda. Dejó la pala encima de la tierra amontonada, y se inclinó sobre el ataúd.

Un modesto ataúd de pino sin pintar. Contenía al hombre que, sintiéndose gravemente enfermo, y poseedor de un secreto que valía miles de millones, había querido regresar a la ciudad donde había nacido su hija Lorena.

Al embarcar manifestó su propósito: cuidar su quebrantada salud en el hogar que seguramente habría formado Lorena Soto. Lo que se había callado, pero lo reveló al delirar, fue que su hija, a la que había abandonado, teniendo ella la edad de cinco años, sería la heredera de un tesoro fabuloso, que la convertiría en una de las mujeres más ricas del mundo...

Se estremeció Carvajal.

Aquel leve susurro debía ser producido por la brisa removiendo los cipreses.

Y el fulgor lunar agrandaba los contornos, agigantándolos.

Aquella sombra enorme de altura, angosta en anchura, como la de un largo esqueleto perfilándose sobre el hoyo recién excavado, debía ser forzosamente la prolongación de un ciprés.

Alzó Carvajal la cabeza, muy lentamente.

Y creyó lanzar un grito estridente. Pero su garganta no emitía el menor sonido, sino un gorgoteo semejante a un estertor.

Sus ojos, casi brotando de sus órbitas, se estancaban en una fijeza demencial. Con frenéticos movimientos de sus manos

temblorosas, llenas de tierra, pretendía rechazar aquella horrenda aparición...

La alta silueta espectral, inmóvil, tendía hacia el rostro del mejicano, dos manos flacas y descarnadas.

Luis Carvajal, en impulso dictado por una reacción de incipiente locura, dirigió la diestra hacia la pala.

Dos manos frías, con un helor de ultratumba, rodearon su garganta, presionando con suavidad.

Con roncros sollozos, incapaz de razonar, Luis Carvajal cerró los ojos, entregándose inerte a lo que creía ser la venganza del espíritu del capitán Soto...

La pala se abatió sobre la cabeza del mejicano, abriendo con su canto una honda brecha.

Luis Carvajal cayó de bruces, abrazando el ataúd.

La tierra fue cubriendo en lentas paletadas. Poco después, la pala alisaba la superficie, igualándola. Quedaba hincada la cruz con su corona.

La espectral mortaja en jirones fue moviéndose con brascas sacudidas de rótulas, deslizándose hacia el panteón de las dos figuras de proa, en cuyo interior penetró.

—El loro forma parte del lote. Sí, señor, el loro. Naturalmente, con su percha. —Especificó el vendedor.

Sam Malone encogió los anchos hombros, denegando con la cabeza. Y su perfil achatado adquirió mayor semejanza con el de un ternero testarudo.

El vendedor insistió:

—Es un lote excepcional. La tabla-cuadro de mariposas rarísimas; el álbum de mineralogía, un volumen inédito de incalculable antigüedad y por fin, el loro con su percha.

—Ostras con el loro —protestó Malone—. A mí sólo me interesan las mariposas y los dos libracos. Nada más.

El vendedor, uno de los más tratables del baratillo portuario de Mobile, manifestó solemnemente:

—Es un lote, y en mi tienda sólo se venden lotes completos, no piezas sueltas. Fíjese qué animal más curioso. Único en su especie. Nunca vi uno igual.

—Ni yo tampoco —afirmó Sam Malone asqueado—. Es viejo, feo, calvo, casi desplumado y si no tosiera de vez en cuando, parecería estar disecado. Seguro que de un momento a otro la diña.

—Ha de saber que los loros pueden vivir cientos y cientos de años.

—Lo cual me tiene muy sin cuidado, porque no pienso heredar de ningún loro. Pero este bicharraco se lo guarda usted, porque además de ser una birria repugnante, me resulta antipático. Y encima de ser tuerto, es mudo.

El loro mantenía un párpado siempre cerrado. El otro subía y bajaba lentamente, quedándose de pronto inmóvil, muy abierto. Y el ojo válido, muy redondo, ostentaba una expresión furibunda.

—¿Mudo? —protestó el cambalachero—. Cuando se lía a hablar, ríase usted de las discusiones en la O.N.U. Sabe varios idiomas, y se larga con un registro de voces distintas que causa estupefacción.

Sam Malone, capataz de estibadores del muelle Oriental, seguía mirando el grueso libro antiquísimo, cuyo título le había atraído: «Ritos y dialecto de la tribu de Xochimilco». Un libraco ideal como regalo de cumpleaños para el sabio profesor Mulligan.

—Escuche, amigo, trago las mariposas y el colorín de las piedras, pero el loro no me lo encasqueta usted. Cinco dólares por todo, y el loro se lo fríe para la cena.

Hojeando el libro polvoriento y amarillo, había leído Malone: «Raíces, prefijos, sufijos y aglutinación». Puro chino para él, y, por consiguiente, ideal para el profesor Mulligan, cuya tarjeta contenía dos calificativos enrevesados; «Antropólogo-Filólogo».

El profesor le había aclarado que se trataba del estudio de razas y lenguajes.

—Seis dólares, incluyendo loro y percha.

—Se nota que está ansioso por librarse del bicharraco. Cinco dólares. Ni un centavo más. Nada del pajarraco. —Y Sam Malone, atajándose, miró escamado al animal acurrucado en su percha.

Una voz ronca, aguardentosa, acababa de exigir:

—¡Sam! Un abriguito para el lorito chiquitín, que está acatarrado.

Gus Larrikin, el íntimo e inseparable de Sam Malone, entró en la tienda, y con su voz natural, más bien aguda, añadió satisfecho:

—Te quedaste de piedra, Sam. Soy un talento imitando voces.

Hasta el loro se creyó que era un hermano de raza.

Gus Larrikin le llegaba apenas al hombro a Malone. Era delgado, de ojos vivaces, cara pecosa y nariz corva.

—Acabemos el trato —propuso el vendedor—. Libro inédito, ejemplar raro, mariposas únicas y mineralogía selvática, cinco dólares y medio.

—¿Te has vuelto loco o qué? —graznó Larrikin indignado—. Regateando papeles sucios, mariposas y una cacatúa inmunda. Oí el chalaneo desde la puerta.

—Es para el cumpleaños del profesor. —Le susurró Malone al oído—. Y este lote le entusiasmará. Si se entera el dueño, me sube el precio. —Y alzando la voz, expuso Malone—: El bicho no lo quiero, ni con una docena de perchas. Vámonos, Gus.

—Así se habla, Sam. Con tus cinco dólares vamos a pasar una noche suculenta.

Poco después, Sam Malone salía de la tienda con un paquete conteniendo el libro raro, las mariposas y el álbum de mineralogía.

—Me salvé del vejestorio decrepito y repulsivo —sonrió Malone.

—¿Cuál? —Quiso saber Larrikin—. Ah, ya, del pajarraco, Pero has soltado cinco pavos que nos habrían venido muy bien porque estoy seco.

—El profesor es un gran científico, que vive sin nadie que le cuide, y una atención en el día de su cumpleaños le pondrá todo tierno.

Glen Archer, aproximándose a la abierta verja del cementerio marino de Mobile, ladeó la cabeza en lento giro, mirando por encima de su hombro derecho. Semejó un ave de presa intuyendo peligro.

Pero su existencia transcurría en constante peligro. Era para él como una droga necesaria.

Le constaba que no moriría de muerte natural, porque su profesión era la de asesino a sueldo.

Su aspecto era su mejor certificado de trabajo: un rostro mongólico, de rasgos afilados, pómulos salientes, boca delgada y ojos inexpresivos, de mate frialdad, como dos botones de laca negra.

Algunas veces meditaba sobre su extraño destino, desde que salió del correccional. Pero procuraba ahuyentar las meditaciones. No conducían a nada práctico, sino a aborrecerse a sí mismo y a la existencia. Y conocía tipos, como aquel californiano, que fue un excelente pistolero despiadado, hasta que se voló el seso, en una racha sentimental de repulsión hacia sí mismo.

Dejando atrás la verja, avanzó por entre las hileras de cipreses. Junto a la pequeña casa del sepulturero, éste parecía aguardarle. Bajo de estatura, pero de enormes espaldas y largos brazos simiescos, masticaba siempre chicle y parecía un rumiante estólido.

Cuando Glen Archer distaba unos cinco pasos, el vigilante especial, giró sobre sus tacones. Presentaba sus anchísimas espaldas, en prueba de discreción y carencia de malas intenciones, desde que la primera vez en que viendo acercarse a Glen Archer, se había quedado mirándole.

Glen Archer se había detenido, limitándose a devolverle la ojeada.

Desde entonces, el vigilante especial prefería volverse de espaldas.

Glen Archer paso ante varios túmulos, y llegando ante el panteón de techo picudo rematado por un timón, se detuvo entre las dos figuras de proa.

Maquinalmente, como siempre que iba a entrar en algún sitio cerrado, su zurda se internó entre las solapas y sus dedos teclearon sobre la culata enfundada bajo el sobaco.

Miró nuevamente hacia atrás y a un lado. El sepulturero-guardián había entrado en su cubil.

Bajó Archer los peldaños. La sala central era fría. En las tres paredes, los nichos cerrados, tenían lápidas con nombres, epitafios y fechas.

Varios nichos estaban abiertos, en espera de sus futuros inquilinos.

En uno de los nichos abiertos, había una lámpara y un dictáfono provisto de dos parlantes.

Pulsó Archer el botón de la lámpara y bajó la palanca del dictáfono.

Acodado en el nincho, aguardó pacientemente.

Hacía ya cerca de un año que había desembarcado casualmente

en el puerto de Mobile. Y poco después de su llegada, recibió un extraño aviso telefónico.

Si quería ganarse un buen sueldo fijo, y excelentes extras, debía ir al cementerio de Mobile, cuyo guarda-sepultero le abriría la verja a las once de la noche.

Se dirigiría a un panteón inconfundible por su techo picudo con un timón en lo alto, y dos figurones de proa en la entrada. Bajaría, y en una de las aberturas de la pared lateral derecha, vería una lámpara y un dictáfono. Tendría que encender la lámpara, conectar el dictáfono y aguardar.

Fue. El sueldo le pareció aceptable. Los extras también. La voz del patrón le dictaba la misión que debía cumplir. Siempre la misma, con sólo algunas variantes en el sistema: liquidar a alguien.

Y Glen Archer cumplió con absoluta honradez. Su patrón le advirtió que al menor intento de querer descifrar su identidad, la consecuencia infalible sería que Glen Archer ocuparía una tumba, abierta de noche, sin séquito ni despedida del duelo.

En la sala del panteón, a los pocos segundos de haber llegado Archer, la redecilla en colmena del parlante emitió un tenue bisbiseo, y a continuación la voz monótona, sin matices, anunció:

—Buenas noches, Archer. Hasta ahora tus servicios han sido satisfactorios. Has actuado tres veces, sin fallo alguno. Percibiste un pago adecuado y ha llegado el momento de demostrar si tienes realmente la calidad que he ido apreciando en ti.

En las pausas, y salvo ser preguntado, Archer guardaba silencio. La voz prosiguió:

—La noche que te contraté, impuse como condición que debías residir fuera de Texas, para que nadie te conociese por estas latitudes. Yo te enviaría un telegrama con una firma comercial inexistente, señalándote la fecha y hora en que debías venir aquí. Con ello, perseguía una finalidad: que nadie te conociese en Mobile, ni pudiera nunca relacionarte conmigo...

La voz se truncó en una tos repentina, aguda.

Glen Archer, puliéndose las uñas de la zurda en la solapa, se acodaba como en sus tres anteriores visitas.

Teniendo a un lado el dictáfono por el cual podía oír y podía hablar, pero dando frente a los peldaños.

—Esta vez, la misión que te reservo es muy difícil. Por su

desarrollo y porque el que ha de morir no es un ciudadano vulgar. Deseo oír tu opinión personal sobre el punto de arranque de tu cometido. ¿Qué significa para ti dar muerte a un policía?

Archer dejó de contemplarse las pulidas uñas, para posar la mirada inexpresiva en la redecilla por la cual iba a contestar. Su voz era seca, mordiente. Siempre. Su laringe no poseía otra tonalidad.

—Cualquier policía me liquidará algún día. Eliminar a uno de ellos, supone simplemente una variante: he de cobrar una tarifa más elevada.

Por el otro parlante, se amplificó el eco de una breve risita.

—La tarifa superará tus máximas ambiciones, Arch. Podrás retirarte de tu profesión. Esta vez, en lugar de un telegrama, recibiste una carta. En ella te pedía ciertas cosas. Repítelas, por favor.

—En las dos cartulinas que iban dentro del sobre, tenía que imprimir mis huellas dactilares, cada una en el espacio correspondiente y señalado. En el sitio destinado a las fotografías, debía colocar las mías, recientes, del tamaño requerido, de frente y de perfil, tenía que traer conmigo dichas cartulinas-fichas y otras dos fotos, de frente y perfil, aparte. Lo llevo todo encima, patrón.

—Perfectamente. ¿No te extrañó que insistiera en que no rellenases nada con respecto a la filiación y que nada más firmases por duplicado?

—Nada me extraña nunca, patrón. Me limité a comprobar que dichas fichas llevaban un sello especial, imposible casi de falsificar, porque tienen una filigrana particular. Solamente el Departamento de Investigación Criminal imprime estas fichas.

—Pertenecen al personal. Bien, Archer, te conviene saber que tengo un auxiliar infiltrado en la Sección Cuarta de la Brigada Portuaria. Alguien de poca monta y escaso cerebro...

Una tos aguda volvió a truncar la audición de la voz. En la pausa, Glen Archer se contempló las uñas de la diestra y decidió pulimenarlas. Las fue frotando en la solapa.

Prosiguió la voz:

—El mencionado auxiliar me facilitó estas fichas, que tú has rellenado a medias. Dando por cierto que para ti la vida de un agente de policía no te impone mayores escrúpulos que la de otro ciudadano cualquiera, debo añadir que la primera parte de tu

tarea...

Esta vez, la pausa fue voluntaria. Para agregar con énfasis:

—... Consistirá en eliminar a un inspector de policía. Habla, Arch.

—Usted sabe perfectamente que eliminar a un policía, supone indiscutiblemente ser ajusticiado. De todos modos, ya estoy reclamado en el Norte bajo otros nombres. Para ejecutarme. Por esto, unos muertos más no suponen ya para mí ninguna diferencia, y me da igual que el próximo sea un inspector de policía que cualquier marinero.

—Volvamos a mi informante de la Cuarta Sección. Supo que el próximo viernes iba a llegar el inspector Brian Seldom, procedente de Washington. Mi auxiliar guardó la carta enviada por Washington, y me la trajo. El inspector Seldom tiene por misión reforzar el servicio de vigilancia en el puerto, especialmente en el Sector Oriental y es de la sección de Narcóticos. En la carta venía su ficha, que está en mi poder. Al efectuar su presentación, el inspector Seldom deberá entregar la ficha-duplicado. ¿Tienes algo que preguntar?

—Lo que supongo se propone usted, es algo difícilísimo, patrón. Comprendo ahora porqué rellené dos fichas con mis huellas y fotos. No bastará con eliminar a Seldom, sino que usted pretende que yo le sustituya.

—Exactamente. No eres un simple instrumento más. Tu cerebro es ágil y deduciste bien. Dime las dificultades.

—Un inspector tiene un carnet y un historial.

—Tendrás ambas cosas. Te las darán en el mismo tren. El carnet llevará tu foto y no se diferenciará en nada del legítimo. El historial completo que leerás será el de Seldom. Ingreso, destinos, ascensos y detalles personales. No está casado y vive solo. ¿Otra dificultad?

—La Cuarta Sección informará a Washington que llegó el inspector... Glen Archer.

—Brian Seldom no viene a incorporarse a la plantilla, sino que actuará con absoluta independencia. Informará a su regreso a Washington, dentro de algunas semanas, cumplida su misión. Pregunta.

—¿Cuál es su misión?

—Seldom viajará con su cartera de documentos. Podrás

enterarte. Habla.

Glen Archer carecía por completo de humorismo. Torció un poco la boca. Equivalía a una sonrisa.

—El objetivo lo comprendo, patrón, un inspector, enviado especial de Washington, tiene todas las puertas abiertas. Se me abrirán. Yo deberé informarle a usted sobre aquello que me indique... y pasarme las horas entre policías. Tenía usted razón. He de ganar lo suficiente en este trabajo, para poder retirarme, si es que quiere que lo lleve a buen fin.

—Cuando dejes las dos fichas y las fotos, tras el dictáfono, encontrarás un sobre con cinco mil dólares. A medida que vayas informándome sobre lo que te señale, irás percibiendo cantidades progresivamente mayores. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Tu ficha será entregada mañana mismo, como recién llegada por correo. La otra, debidamente rellena, te la entregará en el tren un sujeto que empleará una contraseña... Nada complicado. Déjame pensar. Algo que sólo conozcamos tú y yo. Al presentarse, te dirá: «Dos lobos de mar en un panteón». ¿Tienes lo necesario para escribir?

—Tengo. —Y Archer extrajo un bolígrafo. Tanteando, recogió el sobre repleto tras el aparato parlante.

La voz dictó:

—Tren 4106, procedente de Washington, que llegará a Oklahoma el jueves por la tarde, a las 17, 15. Hoy es martes y tienes por consiguiente tiempo sobrado. Este tren llegará a Mobile, el viernes hacia las diez de la mañana. Posiblemente, en la estación te aguardará un colega...

La voz se truncó en su peculiar risita, antes de proseguir:

—Entiendo por colega, otro inspector, que te saludará más o menos, del modo siguiente: «¿Qué tal viaje hizo, Glen Archer?». En Oklahoma, adquirirás una litera individual. Toma nota: Vagón 7, tren 4106, procedente de Washington. Es el tren y el vagón señalados en la carta como alojamiento rodante del inspector Seldom. En el sobre, con el dinero, está la doble foto de Seldom, para que lo identifiques. Habla.

—El mozo del vagón sabrá que una litera está ocupada por Brian Seldom. Cuando llegue a Mobile, habrá, un policía buscando al

inspector Seldom.

—La carta con tu ficha, que figurará procedente de Washington, la dejará mi auxiliar en el correo de mañana. En ella sólo se aludirá al inspector Glen Archer, que ocupa una litera del vagón 7, en el tren 4108. En cuanto al mozo del vagón, no lleva la cuenta de los pasajeros que se apean en la estación que mejor les parezca. ¿Algo más, Arch?

—En los tres casos anteriores, me limité a liquidar sin preocuparme de nada más. Pero en el presente, hay una dificultad. El cuerpo de Seldom no puede aparecer.

—En efecto. Deduces bien y aprisa. El cuerpo de Brian Seldom no debe aparecer. De ello se cuidará el sujeto que te entregará el carnet, la ficha duplicada y todo lo necesario. Sabe él lo que tiene que hacer y lo hará. Es un técnico en la especialidad. ¿Algo más, inspector Archer?

—¿Dónde me alojaré aquí?

—Donde te aconseje cualquier otro policía de Mobile. Yo lo sabré inmediatamente. Las citas seguirán siendo aquí, pero te telefonaré, y lógicamente serán más frecuentes. Puedo verte, aunque tú no me veas, Arch, Tienes el ceño fruncido. ¿Te disgusta venir aquí?

—Las truculencias no me hacen mella.

—Tal vez si pudieras verme, temblarías, Arch.

—Lo dudo, pero lo que pienso no tiene nada que ver con este lugar. Considero que no será fácil, ni mucho menos eliminar a Seldom.

—Es hombre de experiencia. No se dejará sorprender. Pero te califico de profesional muy capacitado, Arch. ¿No es así?

—¿Debo eliminarlo en el momento más propicio para mí, o debo aguardar a que se presente el sujeto con la contraseña?

—Esperarás a que se presente. Te lo describo: pequeño, flaco, rostro largo, dientes ralos, bigote cenizoso como su cabello corto, y ojos verdosos. Unos cuarenta y cinco años. ¿Es todo, Arch?

—Me basta. Buenas noches, patrón.

—Hasta pronto, inspector Glen Archer.

CAPÍTULO II

En uno de los callejones desembocando en el muelle llamado Oriental, una herradura luminosa servía de insignia a la posada «Greengrass». Su dueño, Pat Greengrass, excampeón irlandés del peso welter, elegía meticulosamente a sus huéspedes.

Debían ser nativos de Irlanda y además resultarle simpáticos. Le ayudaban a atender al bar, sala de billares, comedor y habitaciones, sus hermanas Maureen y Tess, y su sobrina Mary, más conocida por Toots.

Pat Greengrass, tras el mostrador, estaba contemplando a Sam Malone, un bruto muy simpático, que taco en alto, miraba asombrado al menudo Gus Larrikin, que clamaba exaltadamente:

—¡Tacada, tacada, y serie ganadora! Nada de discusiones académicas, Sam. Me debes un pavo.

—Ostras... Eres un carota de miedo, Gus. Le diste con el codo al mingo. Si me haces trampas a mí, tu amigo de la infancia, ¿a quién no tratarás de estafar, hombre?

—Te perdono el pavo, vaya —dijo Gus generosamente—. Y como son cerca de las diez, no queda más remedio que ir al trabajo.

En la calle, añadió Larrikin.

—Eso de tener que trabajar para poder comer, es un atraso, Sam.

—Te agotas pasando lista. Un enchufe que te conseguí, porque me aseguraste que el médico juró que espichabas si hacías esfuerzos rudos. Nunca me engañaste, Gus. Eres un bribón, pero como tu madre me hizo prometer que siempre cuidaría de ti, pues aquí estamos.

—Sabes que te quiero mucho, Sam. ¿Viste al profesor?

—Se puso entusiasmado cuando le echó el ojo al libraco. Oye, puso la misma cara de canelo hambriento que pones tú cuando se cimbrea Toots.

—El cumpleaños del profesor no era hoy.

—Me anticipé, y se pasará la noche sin pegar las pestañas. Estaba como un crío con un par de pistolas.

En la habitación que ocupaba en la posada «Greengrass», el profesor Sean Mulligan abrió el cajón de su mesa de trabajo, extrajo un frasco y bebió un largo sorbo al gollete.

Suspiró extasiado, escondiendo el frasco y abismándose nuevamente en la lectura del libro que le había regalado Sam Malone.

Un gran muchacho Sam. Lástima que le tuviera tanto afecto al irrespetuoso y pícaro Gus, pensó el profesor.

Sean Mulligan, solterón, aborrecía a las mujeres, basándose en que, según él, la mujer era el único ser de la creación imposible de descifrar y para cuyo estudio no existían tratados adecuados.

Sus sesenta y cinco años, aunque boyantes, influían también en desdén hacia Eva. «Ya no estaba para estos trotes», había dicho Gus Larrikin, acertadamente, por desgracia.

El profesor Mulligan ostentaba una blanca cabellera revuelta, una larga nariz colorada, y unos ojillos inquietos, infantiles.

Pasaba largas horas encerrado en su habitación, de la cual salía apenas, salvo para asistir a su obligación, que era la que le proporcionaba el sustento: su cátedra de filología comparada.

Hacia las cuatro de la madrugada, el profesor Mulligan se paseaba agitadamente de un lado a otro de su habitación.

—Increíble, portentoso. —Iba pensando en voz alta—. Digno de la imaginación de un irlandés.

Se detuvo de pronto en sus paseos. Una sospecha repentina acababa de germinar en su cerebro, velando su entusiasmo.

—Sam es un buen chico, pero Gus es un gamberro. Es capaz de haber intercalado este dibujo, y las líneas que no tienen nada que ver con el texto, para intrigarme. No, no es posible... Gus carece de la cultura suficiente para planear algo semejante.

Regresó Mulligan al examen de las páginas que le habían alterado, produciéndole emociones dispares: descubrimientos científicos... y dando indicios de un tesoro maravilloso, en cierto poblado construido bajo rocas.

Observó el dibujo con una lupa.

Mucho después, febril y agotado de sueño, cogió una cuartilla y escribió con su letra grande y clara:

«Sam, muchacho: Tan pronto puedas, indaga quién vendió lo que anoche me regalaste. Es importantísimo. Es incomprensible que el dueño de estos objetos los haya vendido, a menos que ignorase su gran valor. Hay una mención referente a cierto papagayo tuerto, cuyo plumaje debo estudiar en su escala cromática. Búscalo como sea, y debes traérmelo. Te espero con impaciencia, muchacho.

»Mulligan».

A las nueve de la mañana, al dirigirse a su cátedra, el profesor deslizó la cuartilla bajo la puerta de la habitación que Sam Malone compartía con Gus Larrikin.

En el compartimiento individual del vagón 7, Glen Archer, tendido en la única litera, volvió a mirar su reloj. Faltaban unos minutos para las once de la noche.

Había cenado en el coche-restaurán y pudo reconocer a su futura víctima.

Un hombre relativamente joven aún, aproximadamente de su edad: treinta y cinco años.

Robusto, pero sin que nada en su semblante ni aspecto, revelase su profesión. Un rostro más bien apacible, de ojos soñadores. Ocupaba la litera 12, del vagón 7.

Se había encerrado en ella, a las nueve y diez minutos. Desde entonces, Glen Archer esperaba la llegada del «auxiliar».

En la puerta del compartimiento, unas uñas arañaron suavemente. La puerta cedió porque estaba abierta.

Entró un individuo de cabello y mostacho cenizos. Pequeño y de ojos verdosos, que miraron la negra boca de la automática encañonada rectamente a su rostro.

—«Dos lobos de mar en un panteón» —dijo Laird Wallace a modo de saludo.

Enfundando. Archer se sentó en la litera, Wallace desvió la

mirada, dirigiéndola a un punto por encima de la cabeza del pistolero.

La seca voz mordiente, manifestó:

—Se encerró. Hubiera preferido actuar antes.

Laird Wallace, flaco y de largo rostro caballuno, exhibió unos dientes ralos, al replicar sonriente:

—Una lámina de acero, plana, con adhesivo, abre estos pestillos interiores. —Y señaló el de la puerta en que se adosaba—. Pido sólo dos minutos a partir del momento en que salga. Encontrará la puerta abierta y me ocuparé de vigilar que no venga el mozo, aunque está cenando en su compartimiento. Por esto elegí esta hora, como la más oportuna.

Glen Archer con los dedos de la diestra hizo un vaivén, como empujando hacia afuera. Miró a la vez su minuterero.

Salió Laird Wallace.

De un maletín extrajo Archer un rollo de algodón. Fue envolviéndose la diestra con varias capas algodonasas. Quedaron unidas en el dorso mediante varias tiras de esparadrapo.

Miró nuevamente el minuterero y se puso en pie. Sacó un frasquito de plástico del maletín, conservándolo en la diestra envuelta en algodón.

Efectuaba todos los preparativos con una indiferencia metódica.

Valiéndose sólo de la zurda, y manteniendo bajo la axila derecha la culata de su automática, enroscó en el cañón un tubo largo provisto de espirales.

Salió al corredor, enfundada la pistola entre el pantalón y la camisa.

Laird Wallace se alejaba hacia el otro extremo del pasillo, apoyándose en el pasamanos.

La puerta del compartimiento 12 parecía hallarse cerrada. Al aproximarse a ella, presionó Archer el frasquito de plástico, cuyo cuentagotas quedó hundido en la palma algodonsa.

Empujó lentamente con el pie la puerta marcada con el número 12.

En la única litera, Brian Seldom estaba tendido de lado, con la cara hacia el tabique lateral del angosto lecho. Movía solamente los hombros, en hondas aspiraciones y exhalaciones.

Glen Archer entornó la puerta con la espalda. Su zurda enfocaba

la nuca ofrecida tan fácilmente.

Cerrada la diestra, duplicada en su volumen natural por la envoltura de algodón, avanzó el asesino profesional.

El inspector Brian Seldom giró sobre la espalda, removió los labios, y abrió los ojos repentinamente, dirigiendo a la vez una mano hacia la cruceta metálica de la cabecera.

El frasquito de plástico, vaciado, cayó en la litera, mientras Archer aplastaba la palma diestra abierta, sobre el rostro del inspector.

Seldom se debatió una fracción de segundo. La mano que tocaba la culata se dobló desmadejada.

El acre y punzante olor sofocante del éter, rellenaba los pulmones del que fue relajando los músculos, perdido ya todo reflejo, anulados los sentidos.

Glen Archer apartó la diestra, volviendo a cerrarla.

Apoyó el extremo del silenciador en la sien del inspector y presionó una sola vez.

Tras enfundar, se colocó el dorso de la zurda sobre la nariz. Y retrocediendo, entreabrió la puerta, sin salir. Asomó la cabeza.

Al extremo del pasillo, seguía vigilando su auxiliar. No había nadie más.

Regresó Glen Archer a su compartimiento, y procedió a quitarse el adhesivo, después de abrir la ventanilla. Estrujó la masa algodonosa enrollando un extremo en forma de mecha, a la que aplicó la llama de su mechero.

Prendió rápidamente el algodón, y lo echó Archer por la ventanilla, hacia el suelo, con fuerza. Del maletín de viaje recogió otro frasquito, conteniendo un desodorante con el cual se roció las dos manos.

Desenroscando el silenciador, lo guardó en la bolsa.

Sentándose encendió un cigarrillo, aspirando hondamente el humo.

El inspector Brian Seldom. Un hombre solo, sin familia que le llorase como él. Recibiendo una paga para exponer constantemente la vida. Igual que él. Extraños sujetos aquellos policías, pensó Glen Archer sinceramente.

Empeñados en que los asesinos terminasen siempre ajusticiados. ¿Por qué los hombres habían de nacer tan distintos entre sí? Unos,

luchando para exterminar a los criminales. Otros, matando sin justificante, sin pasión, sólo por percibir una paga...

Una vez había leído que los asesinos a sueldo eran enfermos mentales, tarados que debían ser reclusos, porque eran irresponsables. Una teoría absurda, había decidido Glen Archer.

Sabía perfectamente lo que hacía, y su mente funcionaba con tanta o mayor claridad que la de un inspector cualquiera.

¿Qué estaría haciendo el buitro? Porque para Glen Archer, aquel individuo cuya misión consistía en saber hacer desaparecer un cuerpo, era un repulsivo buitro, sin agallas, sin valor, rehuendo exponer la piel, y haciendo un trabajo propio de aves de carroña.

La puerta fue abriéndose y Laird Wallace entró, depositando sobre la litera una cartera portafolios, de cuero negro.

Al coincidir sus ojos verdosos con las negras pupilas del asesino a sueldo, Laird Wallace volvió a mirar hacia un punto indefinido en la parte alta de la litera. Dijo:

—He puesto dentro su carnet y ficha. Junto con lo que traía Seldom desde Washington. Le registré a fondo, metiendo en esta cartera todo lo que puede servirle. El patrón me dijo que yo debía responder a cualquier pregunta.

—Primera: quiero saber de qué procedimiento vas a valerte para hacer desaparecer del tren el cuerpo.

Sonrió Laird Wallace, exhibiendo sus malos dientes agudos:

—Es ingenioso. Subí en Oklahoma, y en mi compartimento hay tres cajas largas. Por su forma exterior contienen instrumentos musicales. Pero están vacías. Sólo una lleva algo dentro: una sierra y tres hules largos para evitar manchas mientras opero.

Alzó Archer el labio superior. Parecía un hurón disponiéndose a morder.

Proseguía Laird Wallace, en tono profesional:

—Los hules evitan además el doble viaje con los estuches musicales. Un dispositivo muy ingenioso, incinera. Es decir, en el momento adecuado transporto un estuche, el más pesado, a la plataforma posterior. Me basta con lanzarlo lejos, y la combustión interna, química e infalible, corree y reduce a cenizas. Es todo o que encontrarán. Cenizas y osamentas esparcidas por el campo.

—Muy ingenioso como dices, buitro.

Respingó Wallace algo extrañado. Se acentuó su repelente

sonrisa:

—El patrón necesita técnicos de varias clases.

—¿Vives en Mobile, buitire?

—Sí.

—¿Te llamas?

—Laird Wallace.

—¿Oficio?

—Tengo una funeraria en el puerto de Mobile.

—Ríe otra vez, y rellenarás tus estuches. Fuera de aquí. Apesta, buitire.

Laird Wallace salió precipitadamente, pensando que aquellos asesinos de profesión eran individuos peligrosos, con los que no se podía argüir.

A solas, tras cerrar la puerta, adhirió Archer sobre el pestillo una ancha franja de esparadrapo. Cerró el maletín, colocándolo junto a la parte inferior de la puerta.

Pensando en Laird Wallace, opinó que existían sujetos que debían ser aplastados sin la menor piedad.

Seres para los cuales morir bruscamente era un privilegio al que no tenían ningún derecho.

Seres como aquel buitire, debían morir lentamente, entre atroces torturas.

CAPÍTULO III

Terminando de afeitarse, Gus Larrikin declaró sentencioso:

—Siempre te he dicho que esta gente que se estruja tanto el calabacín, acaba mal. Ahora le ha dado al profesor por el loro. Tú ya sabes que le mete unos tientos de espanto al frasco que camufla entre papeles, en su cajón, según me reveló Toots. Seguro que esta noche se pasó de mano, y está madrugada le dio por querer un loro.

Calzándose, replicó Sam Malone:

—Yo seré tonto, pero tengo fe en el profesor. Si dice que el bicho asqueroso es importante, se lo traigo como sea. A por él.

Tras el mostrador, Pat Greengrass contempló afectuoso la rapidez con la que Sam Malone deglutía el copioso desayuno.

Toots regresaba del mercado, luciendo su chaqueta de piel negra, haciendo juego con la falda, medias y zapatos.

Expuso Larrikin:

—Debe ser la moda este año, pero parece una epidemia de viudas solteras.

—El negro es un color distinguido —afirmó Pat Greengrass, hurgándose los dientes con una uña.

—Pero a las flacas les sienta como un tiro. Montan una escoba y... nos vamos, Sam.

En la calle comentó Sam.

—El bueno de Pat lo tomó como alusión personal a sus dos hermanas, Gus.

—Que, sin escoba ni ropa negra, son dos brujas, sobre todo Mauren. Todavía Tess tiene un pasar por aquello de que no cumplió los treinta. Pero Maureen, es un esqueleto andante. Bueno, y ¿cuánto vas a pagar por el inmundo bicho?

—Más de un dólar ni pensarlo, ostras.

En la tienda, el chamarilero de los lotes, encogió los hombros al oír la petición de Sam:

—¿Dónde está la prenda aquélla? La del lote de anoche.

—¿No le dije que era un animal único en su género? Si se lo hubiese llevado anoche con el lote... Me lo compraron escasamente a la hora de venir usted.

—¿Quién?

—Un mejicano. Quería saber quién compró lo demás. Y estaba enterado, porque mencionó las mariposas, el álbum y el libro.

—Vayamos por partes —intervino Larrikin—. ¿Quién le vendió a usted el lote?

—Curioso... —reflexionó el tendero—. Era precisamente una mejicana.

—Abundan los «mexy» por Mobile. ¿La conoce a ella?

—Es Lupita, la propietaria de la fonda del número 14, en la Tercera Transversal.

—Lo que más nos interesa, es conocer al que compró el bicharraco. ¿Qué aspecto tenía?

—Un marinero. Seboso, muy moreno, con una señal inconfundible: una honda cicatriz en el caballete de la nariz, que se la duplicaba muy feamente. Vino directo a comprar el lote, pero sólo pudo llevarse el loro.

La fonda del número 14 de la Tercera Transversal, tenía una taberna en su planta baja. La dueña, pese al diminutivo, rebosaba en grasas y desconfianza.

—No me gustan los preguntones —afirmó—. Poro no hay mal en que os lo diga. Luis Carvajal se alojó aquí durante tres días. Desapareció sin pagarme lo que me debía, y por este motivo recogí sus cosas, incluso un viejo cotorro, y las vendí al de la tienda de los lotes.

Larrikin, en tono muy amable, manifestó:

—Mi amigo y yo hemos venido a pagarle una deuda a un conocido. Es un marinero mejicano que tiene una brecha en plena nariz.

—Nacho. Sí, es Nacho López. Está durmiendo todavía, pero ya que es para pagarle una deuda, vayan a despertarle, que se alegrará. Segundo piso, número 22.

Por la escalera, Gus Larrikin manifestó ufano:

—¿Te diste cuenta cómo la sonsaqué? He nacido para detective. Dame cualquier misterio y te lo resuelvo en el acto. Es lo que te

repito siempre: formamos una pareja invencible, porque yo complemento tu fuerza bruta con los destellos geniales de mi cerebro.

—Posible, pero ¿y qué le contamos al mejicano? Si compró el bicho, es porque lo quería para él. No lo soltara.

—Mi lema, Sam. Primero la persuasión, o sea que yo hablo. Si no se deja persuadir, entras en acción. Robar un loro no es un delito estudiado en el código penal, digo yo.

—No sé por qué, pero tengo la impresión de que nos vamos a meter en un berenjenal.

La puerta número 22, en el segundo piso, estaba entreabierta. La empujó Larrikin, entró y fue palpando a ciegas, hasta encontrar el interruptor.

Olía a sudores acumulados, rancios y a falta de oxígeno. El balcón cerrado, no dejaba penetrar ni el aire ni la luz del día.

Sobre el camastro, un hombre grueso, tendido de bruces, vestía únicamente un pantalón azul, de dril.

Unas estrías sangrientas e hinchadas cruzaban en varios sentidos sus dorsales y las adiposidades de la cintura.

Tenía la cabeza ladeada en el colchón. La nariz partida en dos por una antigua cicatriz, lo identificaba como Nacho López.

Las plantas de los desnudos pies ostentaban surcos idénticos a los de la espalda: rojizos, hinchados y tumefactos.

A ambos lados del torso, se extendían manchas oscuras, parduzcas por haberse coagulado la sangre.

La muerte de Nacho López se remontaba a varias horas.

—Lo han... rajado bestialmente —bisbiseó Larrikin—. No te pongas... nervioso, Sam. Hay que conservar la sangre... la serenidad fría...

Retrocediendo, Sam Malone murmuró:

—La Lupita tiene cara de muy chismosa, Gus. Luego es capaz de acusarnos de... yo que sé. No hemos visto nada, Gus. Es lo mejor. Gus.

Escaleras abajo, Larrikin tragó saliva varias veces. Susurró:

—Y el loro voló. Ni rastro. Oye, aquí hay un misterio peligroso en torno al puerco bicho. Las señales del mejicano eran de alivio: lo torturaron con un cuchillo al rojo vivo, antes de darle la puntilla.

—Creí que ibas a desmayarte, ostras.

—Tanta sangraza me puso febril. Y el muertazo se las traía, Sam. Pero ya viste cómo me funcionó el seso con rapidez. Tuve pupila al cerrar la puerta de golpe, desde fuera. No hemos entrado, Sam.

Lupita, puños en las caderas, aguardaba junto a la puerta. Expuso Larrikin:

—Llamamos, pero Nacho tiene el sueño pesado, señora Lupita. Dígle que volveremos.

—Voy a despertarle —ofreció ella.

—No, no, no se moleste, señora Lupita. Hasta luego.

Por la acera, trató Larrikin de acomodar su paso a la larga zancada de su amigo.

—Nada de perder la serenidad, Sam.

—Ostras... Lo que voy a perder es al juicio. Todo empezó con un loro antipático. Y ahora, una carnicería de miedo. Si se entera el sargento Langlen que estuvimos allí, como no nos aprecia, pero nada, nos hemos lucido.

Gus Larrikin reprimió un estremecimiento al evocar la torva figura del policía más temido en el Muelle Oriental: un irlandés también, pero «apóstata», según decía Pat Greengrass, el dueño de la posada.

Un sabueso con cara de perro dogo, según el profesor Mulligan.

En la Cuarta Sección de la Brigada Portuaria, el irlandés «apóstata» era conocido como el Sargento Jim Langlen.

—Sargento Jim Langlen, señor. Me ordenaron venir a recibirle, inspector Archer.

El que acababa de apearse del vagón 7, no tendió la mano. Llevaba en la diestra un maletín y una cartera portafolios. La zurda, con el pulgar inserto en el cruce de las solapas, reposaba sobre el pectoral derecho.

Jim Langlen tenía a orgullo, ser considerado poco diplomático, y al recibir la orden de ir a darle la bienvenida al «enviado de Washington», hizo un comentario escueto:

—Que me aspen si no es un lechugino.

Los policías ascendidos por estudios especiales le merecían este calificativo.

Ante el hombre que en la estación de Mobile se apeó del vagón

7, el sargento Langlen tuvo que modificar su íntima apreciación de los policías con estudios. Aquel inspector no tenía nada de melifluo.

Era más bien un individuo que producía una extraña sensación siniestra.

Pensó Langlen en un indio apache, escrutando, al acecho del momento propicio para blandir el hacha.

—El coche nos espera en la salida reservada, señor. —Y señaló el sargento hacia un extremo del andén.

El enviado de Washington echó a andar. Elásticamente, con felina distensión. Una anatomía siempre alerta, meditó Langlen.

Al volante del «Chrysler», el agente uniformado saludó llevándose la mano a la visera.

Instalado en el asiento posterior, al lado del viajero, Jim Langlen empezó a sentirse incómodo. De costumbre, los inspectores forasteros, preguntaban incesantemente.

Aquel tipo seco, envarado, parecía tener los labios cosidos. Pasaron unos minutos, y por fin conoció Langlen la voz seca, mordiente:

—¿Cómo sabe que soy el inspector Glen Archer? Había una docena de viajeros en el vagón 7.

—Me enseñaron su ficha, señor. Me bastó con verla una vez.

—¿Por qué?

—Sus rasgos fisonómicos, son característicos, inspector Archer. En otro estilo, debe sucederle como a mí. Soy inconfundible.

Y Jim Langlen exhibió una expresión satisfecha. Sus anchas mandíbulas poderosas, su corta nariz aplastada y los ojillos pardos, le daban el aspecto que justificaba su apodo: «Bulldog».

Completaban el apodo, los brazos cortos y macizos, las piernas algo arqueadas y el cuerpo rechoncho, compacto.

El «Chrysler» atravesaba un amplio muelle. Expuso Langlen:

—Nuestro feudo. El Muelle Oriental.

—¿Por qué se llama así?

—Atracan aquí los barcos que hacen la singladura a Oriente.

—¿Hay sindicatos portuarios?

Ya era hora, pensó Langlen. El enviado de Washington se comportaba como cualquier lechuguino. Preguntas necias, en apariencia, pero encubriendo mucha trastienda.

—Hay un solo sindicato, legal, y sin intervención ajena a los

trabajadores. De esto se cuida nuestra Sección. De evitar injerencias de clanes ni pistoleros.

—Sin embargo, poseo unos recortes de prensa. Del «Clarion» de esta ciudad. Los firma Ted Fóster.

El sargento Langlen crispó las mandíbulas. La sola mención del periodista Ted Foster le daba dentera.

—Un reportero entrometido que algún día recibirá su merecido, se lo aseguro. Es un chismoso malintencionado. Prefiero que le informe el inspector Gordon, jefe de la Cuarta. Él podrá decirle exactamente la clase de bravucón que es Ted Foster.

—¡Ted Foster! Ya está. Tenemos la solución —afirmó Larrikin, asiendo por una solapa a Malone, que se disponía a entrar en la posada.

—Antes, que nos oiga el profesor. Él decidirá. Me has embarcado en un lío de miedo, Gus.

—¿Yo? Por una vez que soy totalmente inocente, vienes tú con pejugueras.

—Claro que fuiste tú. Cuando la gorda Lupita dijo que el mejicano dormía, pues con dejarle dormir, no habríamos perdido nada. Te pusiste a jugar al detective, y ¡hala!, adentro, a visitar al muerto.

—Con todo tu corpachón, a veces eres un aprensivo, Sam. El cadáver no nos vio, la dueña ni se enteró y la puerta quedó cerrada.

—Aquel que, enterado de un delito, se calla, es tan delincuente como el que cometió el delito —sentenció Malone.

—Esto lo dijo «Buldog» aquella vez que despistamos cuándo... Oye, Sam, ten calma, mucha calma. Nada de nervios. Ahí viene... «Buldog» Langlen.

—Ostras —gimió Malone sin volverse.

Ambos estaban parados en el dintel de la posada. Gus Larrikin procuró sonreír amablemente:

—¿Qué tal, sargento?

Jim Langlen miró con expresión de fastidio a la pareja inseparable. Gruñó hoscamente:

—Ya que estás tan cariñoso, Gus, hazme un favor. ¿Qué te pasa Malone? Tienes cara de haber visto un fantasma.

Sam Malone removió los labios, y Larrikin manifestó:

—Tiene anginas. Pasó mala noche. Dígame de qué favor se trata, sargento. Ya sabe que soy un hombre de orden y que me pirro por la legalidad.

—No pienso ofenderte, porque es imposible, Gus Larrikin, pero con granujas de tu especie, se han organizado muchas bandas. Empezaron con bromas burdas, como tú, y terminaron en el patíbulo.

—Ostras... No hay para tanto —intervino Malone—. Gus no es ningún granuja, para que se entere, y ya que estamos hablando, vaya enterándose de que su placa no le da el menor derecho a insultar a honrados trabajadores. ¿Quedó enterado?

Gus Larrikin suspiró angustiado.

Jim Langlen agachó un poco la cabeza y clavó sus ojillos en el chato semblante de Malone.

—Para un honrado trabajador con anginas, hablas mucho, Malone. Algún día, tú y yo, mano a mano, arreglaremos pleitos.

—Cuando quiera, Langlen. A mí, los sargentos no me impresionan, porque nada tengo que reprocharme, y además... Está bien, Gus, me callo y deja ya de estirarme de la manga. Pero llevaba tiempo aguantando la mecha. Langlen, y es hora ya de que se entere de que, si no fuera por su placa, le hubiera invitado a partirnos los hocicos.

Y resopló aliviado Sam Malone. Le había cantado las cuarenta a «Buldog».

Gus Larrikin cerró los ojos. Esperaba los ladridos.

Pero el sargento Langlen replicó, casi suavemente:

—Contigo no se engaña uno. Echas fuera lo que tienes dentro y así no te envenenas la sangre. Lástima que andes en tan mala compañía. Gus Larrikin, pregunta si está Ted Foster.

—¿Y si está?

—Que venga a mi Sección. Le esperan. A esto vine.

Gus Larrikin entró en la posada. Langlen añadió:

—Ya que estamos de confianzas, Sam, dime, ¿te perjudique en algo?

—A solas, te correspondo al trato confianzado, Jim. Vas diciendo que los estibadores somos semilla de patíbulo, matones que hay que meter en cintura y otras lindezas. Dímelo a mí

cualquier noche, en un sitio apartado y sin la placa.

—No llevo placa, sino carnet, Sam. Una noche de éstas, vendré a invitarte. No me disgustará, no.

—El gustazo será todo mío, Jim.

Asomó Larrikin la cabeza:

—No llegó todavía, sargento. Le daré el recado apenas le vea.

El sargento Langlen se alejó, sin despedirse. Larrikin, asiendo por el codo a Malone, recriminó:

—¿Estás loco o qué? Provocando a un policía, que es casi el amo del muelle... No hay que tomarlo en serio. Llama granuja a todo el mundo. Yo creo que hasta a su propio padre, como no es policía, lo andará vigilando. El profesor está en su leonera.

Sean Mulligan escuchó atentamente el relato que alternativamente iban haciendo Larrikin y Malone. Cuando acabaron de darle los detalles más concretos, el profesor sé frotó las manos con alborozo.

—No cabe duda, no hay error. Muchachos, de ahora en adelante, hemos de actuar unidos y con mucha prudencia. Estamos sobre la pista de un tesoro prodigioso.

Y palmoteo sobre la cubierta del libro amarillento.

Larrikin miró a Malone con aire resignado. Dijo:

—Oiga, profe. No quisiera enojarle, pero está madrugada reclamó a grito pelado un mochuelo de colores y ahora nos sale con un tesoro. A lo mejor está leyendo una historieta de piratuchos...

Le atajó Mulligan con ademán solemne:

—Señor Larrikin, además de estulto y procaz, es usted un perfecto onagro.

—Hombre, profe, ya será menos, ¿no? —se quejó Gus—. Me veo obligado a rebatir estos calificativos, por la razón fundamental de que no sé lo que significan.

—Majadero, provocador y borrico silvestre —puntualizó el profesor.

—Así ya está mejor. A mí lo que me atormenta y me pone febril, es no saber lo que me llaman. Como le decía, «profe», nos ha embarcado usted por una tabla jabonosa, donde un resbalón significa zambullirnos en el infierno.

Ensimismado, Mulligan seguía su propia idea. Expuso:

—Un mejicano llamado Luis Carvajal, se aloja en la fonda de la

mejicana Lupita, durante tres días. Desaparece de pronto. Ahora queda aclarado por qué estos valiosos objetos. —Y señaló la tabla de mariposas, el álbum y el libro—, fueron vendidos. No se desposeyó de ellos su dueño, sino la fondista, ignorante del valor de lo que había dejado Luis Carvajal. ¿Seguro el apellido, Gus?

—Lo apunté. Yo soy precavido y perspicaz. Pero repito, «profe», no nos extravié con los tesoros que pueda llevar bajo el ala un inmundo...

El profesor cortó el aire con tajante manotazo.

—Sam, casualmente compra estos objetos. Una hora, después, un mejicano, llamado Nacho López, adquiere el papagayo. Y esta mañana, Nacho aparece muerto, torturado. Desaparece el loro. Torturaron a López para tratar de arrancarle un secreto. Secreto, señores. —Y el tono de Mulligan se hizo dramático— estrechamente relacionado con este libro y el loro. Le ruego que se calle, señor Larrikin. No es hora de cuchufletas.

—Yo no dije nada, profesor.

—Iba a decirlo, y no es momento de oírle rebuznar. Dime, Sam, ¿estás dispuesto a seguir mis instrucciones por raras que puedan parecerse?

—Tengo fe en usted. No entiendo dónde vamos a parar, pero cuento conmigo.

—El hombre que torturó a Nacho López, y que está en posesión del loro, es posiblemente el culpable de la desaparición de Luis Carvajal. Este hombre, hemos de hallarlo como sea, aunque lo más posible será que nos halle primero a nosotros. Hará sus indagaciones, como hacemos nosotros las nuestras. Lo primero y esencial es ocultar estos objetos, dónde no puedan ser hallados.

—En mi cofre —ofreció Malone.

Hizo la oferta porque no quería ver al viejo profesor tendido de bruces, acuchillado tras torturas crueles.

—En tu cofre —aprobó Mulligan—. Tengo ya unos datos que, en su momento, te revelaré, Sam. Pero es imprescindible encontrar al loro.

—Se encontrará —prometió Sam—. Y ahora pasemos al asunto que urge, profesor. La policía descubrirá al muerto. La Lupita dirá que nosotros subimos a verle. ¿Qué hacemos?

—De momento, callar. Buscadme a Ted Foster y traedlo aquí lo

antes posible. Es de mi absoluta confianza, y podéis contarle todo, para que no tenga yo que repetírselo. Hasta luego.

Bajando las escaleras, comentó Larrikin:

—El cariño te alela, Sam, y no te lo reprocho, puesto que por un amigo te fajas a mordiscos con el propio Langlen. Pero seamos sensatos. Todos en esta casa, menos tú, opinan que el profesor chochea. Acuérdate aquella vez que amaneció con una pítima de lujo, clamando que era necesario socavar toda la ciudad. Precisamente en uno de sus libracos había leído que los conquistadores españoles, habían enterrado cofres repletos por debajo de Mobile... ¡Ey, Ted! ¿Sí estabas, por qué dijiste que no estabas?

En el mostrador, el periodista Ted Foster mojaba tostadas en café con leche. Alto y grueso, plácido, era la segunda y última persona culta, habitando la posada.

—Hola, pareja. Tienes razón, Gus. Pero cuando me acuesto tarde, no estoy para nadie. ¿Qué quería «Buldog»?

—Que vayas a su perrera. Te esperan.

—Tienen sillones cómodos. Cada dos por tres, me convocan. Les duelen mis verdades. Porque les acuso de que siguen en el Limbo, mientras en Mobile pasan cosas muy misteriosas.

—Y nos lo dice a nosotros, ¿eh, Sam? Agárrate bien a la taza, Ted, porque lo que voy a relatarte te pondrá febril. Todo empezó con un loro.

—No, Gus, no. A esta hora de la mañana, no estoy para chistes.

—Es en serio, Ted —dijo Sam—. Ven con nosotros a nuestra mesa.

Quitándose los lentes, Ted Foster sopló el aliento en los cristales, mientras pedía:

—Otra ración de lo mismo, Pat. En la mesa de Cástor y Polux. Ya os aclaré, pareja, que eran dos amigos inseparables como dos mellizos. Cuenta tú, Sam. No es desconfianza, pero las bromas de Gus ya no me atrapan descuidado.

Cuando el relato de Sam Malone llegó al descubrimiento del cadáver, el periodista interrumpió su segundo desayuno, rebuscando en sus bolsillos.

Extrajo una libreta, varios sobres escritos por ambas caras y un montón de recortes de prensa, cosidos con grapa en una esquina.

—... Y ahora, el profesor quiere que le encontremos el maldito loro, porque afirma que es esencial. ¿Me escuchas o no, Ted?

—Mis tímpanos funcionan con independencia de mis pupilas. — Y el periodista, guardándose la libreta y los sobres, arrancó un recorte, colocándolo sobre la mesa y terminando de desayunar.

Gus Larrikin cogió el recorte, que era una gacetilla del «Clarion» y leyó en voz alta:

«Un suceso más que nuestra policía portuaria acumula en sus carpetas de casos sin solución.

»Un mejicano, llamado Luis Carvajal, desembarcó hace unos días del carguero “Tucumán II”, anclado en nuestro puerto, reparando averías, y debía entrevistarse cada tres días con el piloto de abordó.

»Pero Luis Carvajal ha desaparecido, sin dejar el menor rastro, y la denuncia efectuada por el capitán del barco no es suficiente para hacerlo reaparecer, señores policías. Les reitera sus apenados saludos,

»Ted Forester».

—Es tu columna que llamas «Burbujas y Ortigas» —dijo Larrikin.

—Muchos mejicanos mueren en reyertas tabernarias, pero Luis Carvajal no apareció por el Depósito Morgue del puerto, que, como ya sabéis, es casi mi despacho nocturno. Voy a hablar con el profesor.

Recogió el periodista el recorte, y se dirigió a las escaleras.

Sam Malone manifestó:

—Ted no ha dicho que el profesor esté chocho ni mucho menos. No se rió del papagayo ni del tesoro, y es un hombre culto, Gus.

—Me atormentas, nena —suspiró Larrikin, mientras Toots recogía el servicio—. Soy feo, pero varonil. ¿Cuándo dejarás que te camele, tormento?

Toots se alejó, contoneándose. Trataba, en vano, de conseguir que Sam Malone se fijase en ella.

—Me pone febril cuando ronda por mis cercanías —murmuró Larrikin—. Pero no me hace ni maldito el caso...

—Ostras, ¿otra vez? —masculló Malone.

Entrando, el sargento Jim Langlen se dirigió rectamente a la mesa ocupada por ambos amigos. Se sentó echando atrás el fieltro.

Su rostro aparecía más mordiente que nunca.

Gruñó Malone, fingiendo pedir hacia el mostrador:

—Una jarra de arsénico al caballero.

—El veneno lo vas a pedir cuando te metan en cárcel —replicó Langlen—. Y, me entusiasma la idea de ver al mono de Gus y al gorila de Sam, dentro de la jaula, que es donde vais a ir a parar.

CAPÍTULO IV

—Vayamos por partes y que me entere a que viene la amenaza —manifestó Malone.

—Déjame ver los adornos que llevas al cinto, Sam —ordenó Langlen.

El pulgar del sargento señalaba los dos mangos de asta que sobresalían entre el cinto del pantalón y la camisa a cuadros de Malone.

—Instrumentos de trabajo, sargento —intervino Larrikin—. Le sirven a Sam para cortar amarras de fardos mal estibados o para enganchar los que están mal colocados.

—Cuando quiera saber de dónde vienen los bebés, ya te preguntaré, Larrikin, pero ahora hablo con Sam. Soy un caprichoso y quiero examinar tus herramientas, Sam.

El capataz de estibadores presionó el muelle de su cuchillo y la ancha hoja afilada quedó visible, surgiendo con seco restallido. Lo dejó sobre la mesa y sacó de la funda interna, el corvo garfio, colocándolo al lado del cuchillo.

—Muy limpios —rezongó Langlen—. Pero la sangre se encuentra donde menos te figuras, Sam.



La sangre aparece donde menos piensas, Sam.

—Me estás empezando a resultar cargante, ¿te enteras, Jim?

—Y vamos por el principio nada más. Esta mañana, hace escasamente una hora, ¿dónde estabas?

—Con Gus.

—¿Y tú, Gus? No me contestes que estabas con Sam, sino dónde

estabas.

—Paseando, viendo escaparates y mozas despampanantes... Ah, es verdad. Fuimos a una fonda mejicana.

—¿Sí, Gus? Eres un zorrillo, pero deja hablar a Sam. No he podido ni entrar en mi despacho, porque me dieron el informe calentito, referente a un marinero mejicano acuchillado bárbaramente. La patraña de la fonda dice que dos «gringos» subieron a ver al marinero. Os describió perfectamente: «La una y media», dijo. La una por ti Sam, y la media por tu compinche. Como puedes apreciar, Sam, juego limpio.

—El día en que tú juegues limpio las gallinas harán calceta.

—Procura no olvidar que soy una autoridad y que actúo como tal, ahora. Hay un muerto de por medio, y se descubrió que estaba muerto al largaros vosotros dos.

—Subimos a verle, llamamos fuerte, ¿eh, Gus?, y no nos abrió la puerta. Bajamos y nos fuimos.

—¿Para qué querías ver a Nacho López?

—También yo soy caprichoso y como me enteré que Nacho tenía un loro que hablaba varios idiomas, fui a ver si me lo vendía.

—La dueña de la fonda, Lupita, declaró que dijiste venías a pagarle una deuda a López.

—Es el sistema para ablandar a una patrona.

—Entonces, estarás dispuesto a firmar una declaración jurando que no entraste para nada en el cuarto de Nacho López —insinuó Langlen.

—Firmo, ratifico y doy fe. —Gruñó Malone adustamente.

—Te conviene tratar con periodistas y profesores, Sam. Aprende, palabras bonitas, pero procura no tomarme el número equivocado. Voy a seguir muy de cerca este asunto del mejicano y el lorito de marras. Vas a tener noticias mías muy pronto, Sam.

—No me hagas palpar demasiado en la espera, Jim.

El sargento Langlen abandonó la posada ostentando una gran semejanza con un perro de caza aventando una buena pieza.

Gus Larrikin contempló con admiración a su amigo:

—Eres un caso largándole candela a «Buldog».

—Le tengo una tirria tan grande, que hasta me pongo elocuente sólo con verle, y me siento capaz de inventar lo que sea con tal de que no acierte ni una.

Pat Greengrass y su hermana Maureen hablaban en voz baja. Ella, huesuda y sarmentosa, tan alta como su hermano, vestía siempre de negro y su tenso cabello agrisado, remataba en rodete a la nuca, atiesando aún más sus angulosas facciones.

Pat Greengrass se acercó a la mesa:

—Sabes que te aprecio, Sam, y si estás en algún aprieto, puedes contar conmigo. ¿Qué te quería «Buldog»?

—Pamplinas sobre un mejicano apuñalado, al que Gus y yo fuimos a ver para comprarle un loro. Gracias por la oferta, Pat. Cuando yo le pueda arrear una paliza a Jim Langlen, me quedaré como si hubiese comido un pavo trufado.

—Ojo no se te indigeste. —Río Pat Greengrass—. Jim es una bestia.

—¿Y qué te crees que es Sam? —protestó Larrikin—. Entre él y yo le hemos arreado a muchos que presumían de guapos antes de llegar nosotros. ¿Cómo va el reuma, Pat?

—Cruje, cruje. —Se lamentó el dueño de la posada, y renqueando, regresó al mostrador.

Larrikin subió al cuarto a buscar cigarrillos, según dijo, pero Malone sabía que iba a probar si lograba progresos en sus estériles intentos de conquistar a Toots.

La mujer que entró en el bar provocó en dos jugadores de billar una paralización absoluta, y en el propio Greengrass un silbido reprimido.

Negrísimo el largo cabello y morenas las bonitas facciones, la recién llegada era evidentemente una mejicana.

Su vestido estampado parecía estar cosido a su anatomía. Los altos tacones de sus zapatos hacían más ondulante su cuerpo, de proporciones dignas de la imaginación de un dibujante.

Se sentó frente a Malone, dejando sobre la mesa su bolso y cruzando las piernas exhibió una blanquísima dentadura. El resto del panorama era embrujador y daba vértigo.

—Soy la hija del capitán Soto señor, —anunció ella gravemente—. Y usted es Sam Malone, según me han informado.

—Tanto gusto y es de veras —afirmo Malone—. ¿Y quién es el capitán Soto?

—Era mi padre. Falleció en su viaje de regreso, dejándome huérfana, pero ya me había abandonado siendo yo muy niña, y por

esto no me afligió todo lo debido su reciente fallecimiento, me comprende, ¿no?

—Pues sí y no, porque si usted cree que yo conocí al capitán Soto, no es así. ¿Quiere tomar algo?

—Lo que quiero es que me acompañe a casa de mi madre, porque ella desea hacerle unas preguntas.

—¿A mí, precisamente?

—A usted, precisamente —rió ella—. Tengo mi coche fuera y será cuestión solamente de unos minutos. Se lo agradeceré mucho, créame.

Aquella mujer era fascinante y atraía como un imán, comprobó Malone. Los ojos masculinos la detallaban con avidez incrédula, al igual que los de Malone, que, levantándose, la siguió.

Pat Greengrass le guiñó un párpado, moviendo el puño lateralmente en gesto que supo traducir Malone con exactitud; una criatura imponente.

El coche era un dos plazas «Corvair», último modelo compacto. Como su dueña, pensó Malone sonriente, sentándose junto al volante.

Al poner en marcha, sonrió ella también, muy prometedora.

El coche fue adquiriendo velocidad y, comentó ella:

—Es una pena que no nos conociésemos antes, Sam.

—Lo mismo digo yo, cha... maca.

—Sí, soy algo chata. Mamá dice que hoy en día la belleza femenina es precisamente la que no tiene rasgos clásicos. Yo vivo en las afueras, y nunca frecuento el barrio portuario. Dice mamá que es muy peligroso pasear por los muelles y que una soltera como yo, no debe ir nunca a pasear por el puerto.

—Mal hecho, porque los aires son sanos. Además, usted no es una menor.

—No importa que le diga yo a ella que ya soy mayorcita, porque tengo veintiocho años. Mi mamá es muy anticuada.

Cuando el coche pasaba por delante del Cementerio Marino, detuvo ella y se santiguó, anunciando después al volver a arrancar:

—Allí yace mi difunto papá, el capitán Soto. ¿Tiene usted novia, Sam?

Variaba de tema con rapidez aquella soberbia morena, meditó Malone.

—Pues no en serio, por ahora. También soy mayorcito, pero eso de casarse, hay que pensarlo mucho, según dice Gus.

—¿Y quién es Gus?

—Gus Larrikin, mi amigo de la infancia.

El «Corvair» desfiló ante las mansiones del barrio residencial, y pronto abandonó la carretera para internarse por una ruta que serpenteaba en torno a una colina boscosa.

Las casas se espaciaban y explicó ella:

—Mi mamá está delicada de los bronquios, y los médicos le recomendaron un clima de altura, entre pinares. La casita es pequeña, porque vivimos en ella provisionalmente. Nuestra casa de la ciudad es muy distinta, pero le aburro con tonterías... Debe ser un trabajo muy arriesgado el suyo de capataz de estibadores, teniendo que discutir con hombres de genio violento.

—No hay problema, porque nunca discuto. O se conforman o no se conforman, y así todo anda como sobre ruedas. Oiga, y a todo esto no sé cómo se llama usted.

—Adelfa. Un nombre raro, pero es común en mi tierra nativa.

El coche se internó entre dos hileras de pinares, yendo a detenerse ante una casa de madera, de dos plantas, que parecía abandonada.

—Mi mamá está en cama, pero tiene un gran interés en hablarle.

Descendiendo, rectificó ella las adherencias de su vestido y agitó el bolso hacia el piso alto, a modo de saludo. Echó a andar y la siguió Malone con verdadera delectación. Se veían pocas mujeres tan llanas en carácter, porque por lo demás, era todo lo contrario: un portento del cual era imposible apartar las pupilas.

Abrió ella la puerta y entró. En el pórtico de madera resonó el trallazo como un estampido.

Una larga correa ancha se ciñó en torno a la cintura de Malone, apretándole los brazos. Hinchando el tórax, el capataz de estibadores afianzó los tacones en el suelo.

Un segundo trallazo le rodeó los hombros y bíceps.

Debía ser un forzudo de feria el que estaba al otro extremo de la larga correa, pensó Malone, porque sus noventa kilos no bastaban para hacer contrapeso.

Era atraído con lenta pero firme insistencia, y al cruzar el dintel a la fuerza, vio la causa que le impedía oponerse a la tracción.

Dos individuos, distando entre sí dos pasos, tiraban cada uno del largo látigo.

Adelfa, sentada en una mecedora, cruzadas generosamente las piernas, encendía un cigarrillo. Aparte la mecedora, no había más mueble en aquella ancha sala, aparte un largo banco arrimado a la pared del fondo.

Sam Malone bufó colérico, dejando de tensarse en sentido contrario. Se abalanzó hacia el más cercano de sus laceadores, y dobló el cuerpo a la vez que su cabeza buscaba la conexión con el estómago adversario.

Un brusco tirón, procedente del látigo a su derecha, le cortó la embestida. El mango del primer látigo laceador repercutió sobre su cabeza.

Saltó Malone lateralmente, proyectando los tacones juntos contra el costado del que acababa de golpearle, y que, gimiendo una imprecación, trató de conservar la verticalidad.

El otro laceador aplicó un certero porrazo con el mango de su látigo y Sam Malone, aún en el aire, cayó ruidosamente sobre un hombro.

Rodó sobre sí mismo y distendió una pierna que, involuntariamente, cabalgó el segundo desconocido al atacar.

—Dale ya, Rufi —animó Adelfa—. Es una vergüenza, muchachos. Atado y todo, os da más trabajo que un mulo salvaje. Vamos, Silverio.

Silverio y Rufino se abatieron simultáneamente sobre Malone. Formaron un grupo gesticulador, hasta que los dos mangos tras abatirse varias veces con saña consiguieron reducir a la inercia al capataz.

Resoplando, mientras acababa de atar a Malone con la correa, comentó Rufino Salgado:

—Este «gringo» coceaba como un mulo. Ganas me dan de despellejarlo.

—Te guardarás mucho de matarle, mientras no te lo mande yo —amenazó Silverio—. Aquí llevo las riendas, y así lo convinimos cuando os propuse el trato.

—Está bueno, está bueno —terció Adelfa Salgado—. Lo que pasa es que mi hermano anda bravo porque recibió varias coces.

—También las recibí yo, pero ahora se tornaron las suertes, y

como no cante pronto y bien, se acordará este bárbaro de quién soy. Nadie le toca a Silverio Nogales, sin que se lleve mala memoria. Tan pronto confiese, le extraigo el último suspiro.

Entre los dos mejicanos, lograron dejar sentado a Malone en el centro del largo banco. Salgado se sirvió de recias correas trenzadas para sujetar los codos y rodillas de Malone al banco.

Retrocediendo, afirmó:

—Por mulo que sea, de ahí no se suelta.

Nogales chasqueó su látigo desde cuatro pasos de distancia. En experta ondulación, el cuero silbó, restallando su extremo contra la pared a centímetros de la inclinada cabeza del prisionero.

Sam Malone, abriendo los ojos, escupió, comprobando que era de sangre el sabor que inundaba su boca. Era un sanguíneo, y en todas sus peleas, cualquier golpe en la cabeza le producía «hemoglobina», según le había explicado el profesor Mulligan.

Miró a los dos mejicanos y después a Adelfa, que fumaba indolentemente, más atractiva aún en su abandono al ritmo del balanceo de la mecedora.

—Vaya mamá, Adelfa. Es muy feo esto de engatusar mentando lo que...

El látigo de Nogales restalló sobre un hombro de Malone.

—Deje tranquila a la señorita, y si quiere plática, aquí me tiene a mí, Silverio Nogales.

Bajo, pero de recia musculatura, calculó Malone. El otro, era más aparatoso en volumen. Y ambos tenían rostros aztecas, con más afinamiento los del llamado Nogales.

—Explicáis al hombre de qué se trata, Silverio —solicitó Adelfa—. No tiene ni idea todavía.

—Anoche compró usted varias cosas en un mercadillo de lotes —expuso Nogales—. Su descripción no falla: alto, atlético, corto cabello, negro, nariz de boxeador, ojos pardos y rasgos macizos. Fuimos haciendo preguntas y nos dieron las señas cabalitas. No es bueno para su salud, que me mire tan furioso, irlandés. Hablando la gente puede entenderse.

—Este látigo me pone de mal humor, Nogales. No son formas de hablar las que habéis empleado a modo de presentación.

—Era obligado, era forzoso —rió Nogales siniestramente—. Nos advirtieron que usted era muy duro de convencer, y por esto

ingenié que fuese a recogerle Adelfa, que es irresistible.

—Quíteme las amarras y hablaremos mejor.

—Está aún picado y no quiero correr el riesgo de tener que matarle, compadre. Podemos ir a medias y ser socios. Usted se me calma, y podemos terminar muy amigos. Adelfa y Rufino son mis socios.

—Una sociedad poco cristiana, cuando para solicitar el ingreso de otro asociado, arreáis primero.

—Por si había remolonería, y por nada más. Pero no la habré, creo yo.

—Lo que creo yo, Silverio —afirmó Adelfa— es que, si os quedáis afuera dejándome a solas con Sam, le convenceré antes, porque así no estará tan resentido. Es muy hombre Sam y no le agrada tu látigo.

—Adelfa habla en plata, jefe —terció Rufino Salgado.

Titubó Nogales y por fin, en seco tirón recogió el largo látigo, y salió acompañado por Salgado.

La mejicana abandonó la mecedora y fue a cerrar la puerta. Aproximándose tendió los dos brazos en gesto de excusa.

—Fue Silverio el que planeó la mejor manera de poder traerte hasta aquí, sin armar trifulca. Debo confesarte que ellos dos son muy tercós, y mi hermano Rufino quería interrogarte a su estilo, que aprendió entre los muleros de la Sierra de León, al norte de nuestra tierra. Eran muleros los dos antes de venir a Mobile, donde llegaron hace poco.

—Y me confundieron con un mulo, y tú con un onagro, que por si no lo sabes, es un borrico silvestre. Bueno, ¿qué lío os traéis?

Ella paseaba por delante del prisionero, con provocación natural.

—La cosa empezó con un rumor, propagándose por la Sierra de León. Decían los carreros que un capitán de rurales, Julián Soto, se volvió loco y abandonó su cargo, para vivir años y años con aldeanos casi salvajes. El capitán Soto se puso enfermo y a punta de pistola defendió lo poco que llevaba, contra el asalto de unos bandoleros, dándoles muerte. ¿Y sabes que era lo que defendía con tanto ahínco?

—La piel.

—Dos libros, una colección de mariposas pinchadas en un

tablero con cristal y un papagayo. El capitán Soto embarcó y durante la travesía empeoró. ¿Qué quieres preguntarme, Sam?

—Afirmarte que eres tan hija del capitán Soto como tus dos socios.

—Soy huérfana, pero esto no hace al caso, Sam. Durante la travesía, un marinero llamado Carvajal comprobó que el capitán Soto, delirando, hablaba de un gran tesoro, y apretaba contra su pecho los dos libros, señalando las mariposas y el papagayo, diciendo que allí estaban las llaves del fabuloso tesoro. Carvajal, al morir Soto, dijo que él se cuidaría de hacerlo enterrar, porque le había cogido cariño. Lo cierto era que quería quedarse con lo único que llevaba como equipaje el capitán Soto.

Sam Malone asintió satisfecho. El profesor no era un visionario, como pretendía Gus.

—Soto al embarcar, declaró que venía a Mobile para reunirse con su hija a la que abandonó siendo muy niña, y a la cual hemos buscado sin encontrarla por ninguna parte.

—¿Estabas a bordo del barco para estar tan enterada?

—Otro marinero del mismo barco, se extrañó de los manejos de Carvajal. Se llamaba Nacho López, y le había perdido la pista a Carvajal. Bebió un poco más de la cuenta, estando en mi compañía y la de Silverio, y éste adivinó que en aquel relato había algo que podía valer mucha plata.

Respiró ella y la superación de sus medidas torácicas suscitó en Malone una ojeada maravillada.

—Te estoy contando lo que sabes de sobras, Sam —sonrió ella.

—Ahora me entero por primera vez de todo este berenjenal.

—¿Sí? Luego te demostraré que eres un mentiroso, cosa natural, porque tratas de guardar para ti solo, lo que supiste encontrar. López se alojaba en una fonda, de la cual, faltaba desde dos días antes, Luis Carvajal. O sea que vino a dar con el paradero, pero no lo encontró a él. Silverio le dijo a mi hermano Rufi que podíamos asociarnos los tres. Y hemos aceptado. Ellos dos ya conocían el rumor del capitán chiflado que vivía con salvajes. Pero hemos ido atando cabos.

—Y bien —rezongó Malone que tensaba los músculos, sin conseguir mover un milímetro de correa.

—La dueña de la fonda le contó a Nacho López que había

vendido las cosas de Luis Carvajal, al desaparecer éste sin pagar el hospedaje. Fue López al tendero y no encontró más que el papagayo. Preguntó y obtuvo tu retrato. Todo esto se lo contó a Silverio. ¿Vas comprendiendo, Sam?

—Conmigo habéis resbalado, porque hay muchos estibadores que visten más o menos como yo, y que tienen una pinta parecida.

Adelfa Salgado se arregló un tirante elástico inferior, y Sam Malone escrutó con gran fruición. Cerró de pronto los ojos con pesar. Tenía que conservar la mente clara. «Las hijas de Eva recurren a artilugios que convierten en onagro al más pintado racional», afirmaba el profesor.

—Lo siento por ti, Sam, porque te iba cogiendo ley. Pero si te pones testarudo entrarán Silverio y Rufi a sacarte por las malas, lo que por las buenas intento yo pedirte. Si no anda equivocado Silverio, y atina bastante, la unión de las cuatro cosas que poseía el capitán Soto, conduce a la localización exacta del sitio del tesoro. Nosotros tenemos una de estas cosas. Tú las otras dos. Acepta unirme a nosotros, y repartiremos.

—¿Y si me niego?

—Ellos se harán con lo que tienes escondido por la posada irlandesa, y están muy engolosinados, Sam. Como niños crueles, y Rufi es capaz de hacer hablar a un mudo, por señas. No creo que les importe mucho quitarte de en medio, pero primero te harán confesar dónde tienes escondidos los dos libros y el cuadro de mariposas.

—Me niego. Y me niego por la razón fundamental de que no tengo la menor idea de todos estos líos que me has contado. ¿Crees que tengo yo cara de comprar libros y mariposas?

Adelfa Salgado señaló hacia la puerta, en la que repicaban puños.

—Se impacientan, Sam.

Una sirena pitó lejana, repitiendo su alarido con mayor sonoridad. La puerta se abrió con violencia, y Silverio Nogales corrió a coger por un brazo a la mejicana, diciendo amenazador:

—Repíte una sola palabra de todo cuanto has oído, Malone, y te mueres. Cállate y nos asociamos. Pronto, volando, Adelfa.

La empujó hacia fuera, y girando la cabeza colocó un tieso índice sobre los labios, recomendando silencio. Pestañeó, antes de

recibir el primer impacto.

Convertido en un eje giratorio, Sam Malone empleaba el banco a modo de aspas de un ventilador. Un extremo chocó contra el mejicano despidiéndolo contra la pared.

Describió Malone un nuevo giro sobre sus tacones, y el otro extremo del banco paleó a Silverio Nogales lanzándolo hacia la otra pared, de la cual salió rebotado como una pelota.

El tercer molinete proyectó al mejicano con renovada fuerza. Era ya un cuerpo inerte.

El coche dos plazas hacía instantes que había embalado a todo gas, remontando la loma, llevándose a los dos hermanos Salgado.

Otro coche acudía lanzado como si fuera a penetrar en la casa. El seco frenazo ante la puerta no lo oyó Sam Malone, porque sentado en el banco y girando sobre la punta de los pies, seguía describiendo molinetes vertiginosos, disparado por su propio y primer impulso, como un derviche enloquecido.

CAPÍTULO V

El profesor Sean Mulligan se acarició la rasposa barbilla, y soñadores los claros ojos azules, dio con una regla de cálculo varios toquitos en la mesa.

—Silencio, silencio. Veamos si he asimilado bien los acontecimientos, partiendo del final. Cuando Gus se enteró de que te habías ido en un «roadster», cuyas señas le dio Pat, saltó al coche de Pat, y embaló hasta conseguir alcanzar al dos plazas. Se mantuvo prudentemente a distancia, tratando de imaginar algo efectivo. Vio salir de la casa deshabitada, a dos mejicanos, y quedaba demostrado que estabas dentro de la casona a solas con la mujer tan despampanante, según Gus, que entonces tuvo una idea genial.

Larrikin se palmeó la frente, declarando:

—Mi cerebro complementa la fuerza bruta que...

La regla repicó sobre la mesa:

—El coche de Pat es negro, y Gus se dirigió a toda velocidad a la tienda de Morrison, pidiéndole prestada la bocina de manivela, que produce un estruendo chirriante de sirena policial. Una bocina anticuada que Morrison no logra vender.

—Pero la vamos a comprar, por si se presenta otra ocasión —aconsejó Larrikin—. Le cedo la palabra, profe.

—El trío de mejicanos oye la sirena y ven un coche negro aproximándose cuesta arriba. Emprenden la fuga dos de ellos. El tercero no pudo. Y no pudo porque perdiste la noción de lo que hacías, Sam. La hemoglobina que rebosas te ciega. Una banqueta de madera es un instrumento mortal de necesidad, si se emplea en rotación que produce una progresión geométrica aumentando los noventa kilos centrípetos... Hable, señor Larrikin.

—Sam sólo quería atizarle un par de banquetazos al jefe latiguero, pero resulta que un maderazo le pilló en pleno cogote y se lo chafó. Esta muerto, cuando lo encuentren, lo cargarán a la

cuenta, de los peleones Panchos.

Sam Malone intervino ceñudo:

—Es seguro que Silverio me hubiese matado, a lo mejor, pero no me gusta dejar allá al muerto y callarme. El que mata a otro en una pelea, es un bestia, conformes. Pero se convierte en un asesino si no lo declara a la policía, ¿no, profesor?

—Escrúpulos que te honran, pero que, por el momento, son desplazados. Sam. Hemos confirmado rotundamente la existencia de un tesoro, cuya situación nos la revelará el examen cromático de las plumas del ave. Sabemos ya que dicha ave cantora está en poder de la mejicana Adelfa y su hermano.

Sean Mulligan vino a detenerse ante Malone y alzando la barbilla para poder mirarle al rostro, declaró:

—Nacho López fue torturado por Nogales o por Salgado, para ver si lograban sacarle más datos. Fracasaron porque el desgraciado López no debía saber nada y se llevaron el ave. Tu próximo paso, Sam, es visitar a los hermanos Salgado, tan pronto deis con su paradero. Señor Larrikin, llegó el momento de demostrar su jactancia de poseer olfato detectivesco.

—El ave cantora está en el saco, profe. Vamos a almorzar, Sam.

Almorzando, comentó Malone:

—Vamos a pedir una semana de licencia, porque esto del tesoro empieza a intrigarme mucho. El profesor dirigirá las operaciones y tú sacarás a relucir el olfato. ¿Dónde toparemos con Adelfa y Rufi?

—En el barrio mejicano. Pero ahora mi cerebro está funcionando, Sam. No interrumpas —declaró Larrikin masticando con vigor.

El sargento Jim Langlen entrando en el despacho que ocupaba Glenn Archer, abrió su libreta:

—La desaparición del mejicano Carvajal y la muerte de López, que se produjo antes de la madrugada, parecen ser hechos relacionados con venganzas pendientes, motivadas por asuntos ocurridos en México. No existe pista alguna coherente todavía, salvo que ambos eran marineros del «Tucumán II», cuyo capitán, y es sincero, no puede aclarar nada que no sea lo que queda expuesto. Una venganza que se remonta...

Alzó Glen Archer la diestra.

Señaló sobre la mesa, una carpeta en cuya cubierta se leía:

«NARCÓTICOS. TRANSPORTE Y REPARTO. Expediente
114-B»

—No tiene que informarme de peleas entre «grasosos», sino de aquello que yo pida personalmente.

—El inspector Gordon me dijo que, por cortesía, debía ponerle a usted al corriente de la diaria rutina.

—Según este expediente, el Muelle Oriental de Mobile es una puerta de acceso de narcóticos, que al parecer, llegan en barcos mejicanos.

—Comprendo, señor, pero el capitán del «Tucumán II» es de toda confianza. No impide que su barco lo registremos de vez en cuando. Usted cree entonces, que la muerte de López, puede estar conectada con el tráfico de marihuana...

—He hablado con el periodista Foster. Opina que las drogas entran por el Muelle Oriental y son sacadas de a bordo de barcos, mejicanos, mediante un procedimiento original, que hasta ahora no se ha logrado descubrir. Eso es todo, sargento.

A solas, Glen Archer consideró que actuaba como un inspector comprobando los puntos débiles del servicio de orden en la zona portuaria.

Volvió a enfrascarse en la lectura de un libro curioso que había encontrado en la biblioteca de la Cuarta Sección.

El título era:

«Historia del Cementerio Marino»

Aludía a la antigua y romántica ascendencia de navieros que decidieron elegir un camposanto exclusivamente dedicado a dar sepultura a la gente de mar.

Describía las diversas criptas y panteones.

Y Glen Archer releyó los párrafos que habían llamado su atención:

«Vieja estirpe de lobos de mar, la familia Sinclair contribuyó a la prosperidad de Mobile con sus hombres

de empresa que crearon una Compañía naviera que llevó sus pabellones a todos los mares.

»En la Segunda Guerra Mundial, la muerte heroica en los campos de batalla redujo la familia a su único representante hoy: Horace Sinclair, que ha mantenido el renombre de luchador tenaz de su estirpe.

»Horace Sinclair enfrenta un gran déficit comercial, producto de infortunadas especulaciones en transportes sin seguro, durante el conflicto mundial. Sin arredrarse, el descendiente de los Sinclair continúa fiel al lema de crecerse ante la adversidad y pronosticamos que no tardará en dorar nuevamente los blasones con su experta administración.

»Al forastero visitante le recomendamos contemple la típica estampa marinera de la cripta-panteón de los Sinclair: los dos lobos de mar que adornan la entrada y que fueron mascarones de proa de sendos navíos de vela, desguazados al advenimiento de la Era del Vapor».

Glen Archer dejó en su sitio la «Historia des Cementerio Marino» y decidió que hallaría el modo de conocer personalmente al naviero Horace Sinclair.

Debía ser un hombre interesante aquel «luchador que remontaba la adversa fortuna y volvía a dorar los empobrecidos blasones».

Y que por añadidura, era el propietario heredero del panteón con los dos lobos de mar por guardianes inofensivos y perennes.

A media tarde, el teléfono sobre la mesa del despacho destinado al inspector enviado de Washington, tintineó. Y Glen Archer oyó la voz monótona, muy conocida, ordenarle escuetamente:

—Esta noche, a las once. —Y se truncó la comunicación.

—... El miedo irreprimible es un cuento. Se reprime si uno tiene los calzones bien amarrados —declaró el estibador Oly Brand.

En la cantina de los obreros portuarios, las discusiones más pueriles solían degenerar en reyerta o en apuesta.

Sam Malone pasó de largo, yendo al patio posterior del edificio, donde se hallaban las oficinas de administración.

Gus Larrikin no le siguió porque la discusión iniciada le atraía.

Un descargador rebatió:

—Yo te digo, Oly, que si por la noche, en un camino solitario, con poca luna, nubes, lluvia fría y viento soplón que susurra, se te asoma un fantasma, sales brincando como un canguro con canguelo.

—Un fantasma, un fantasma. —Gruñó Oly Brand—. No existen los fantasmas, botarates. ¿Quién ha visto nunca un fantasma, zopencos?

El clan irlandés dominaba, y la imaginativa credulidad de la raza, les impulsaba a soslayar discusiones sobre el tema espectral.

Oly Brand, descendiente de canadienses, tejano por cuna, insistió:

—Pura filfa los fantasmas, os lo digo yo. Oly Brand. Inventos para asustar a siete viejas comadreando. Y si existieran, a mí no me acoquina ningún fantasmón. Apostaría cien contra diez.

Sam Malone consiguió un permiso de una semana para él y Larrikin. Regresó a la cantina, y oyó la última frase del estibador Brand:

—Todos sois testigos de que apuesto quinientos pavos contra cincuenta. Aceptada y conclusa la apuesta para esta misma noche.

En la calle, manifestó Malone:

—Estamos libres por toda una semana, Gus.

Cogiéndole del brazo con ansiedad, murmuró Larrikin:

—Has de ayudarme a ganar plata, Sam.

—A esto vamos, tan pronto cacemos al puerco bicho tuerto.

—Olvida esta inmundicia por unos momentos, Sam. ¿Quién puede prestarte cincuenta pavos?

—Los tenemos, porque me han pagado los días que hemos trabajado y firmé también por ti. Sumamos doscientos veinte, Gus.

—Entonces, vamos camino de la prosperidad y el dulce ocio. He apostado con un bocazas fanfarrón cincuenta contra quinientos. Un robo.

—Meterte en apuestas cuando hemos de investigar la pista de Adelfa y su hermanito, es una falta de seriedad, Gus.

—Todo se hará. He apostado con Oly Brand que gallea de no saber lo que es el miedo, a que no se atreve a dar una vuelta al cementerio marino, esta noche, a paso lento sin echar a correr.

—Has perdido, porque Oly es un solemne bruto muy cerrado de

mollera, y dará no una vuelta, sino cinco al cementerio y tan campante.

—¿Y eso que tengo aquí dentro, qué? —preguntó Larrikin dándose una palmada en la frente—. Me rumié el truco infalible. La apuesta consiste en que debe contornear las tapias, rozándolas, pero sin entrar, porque sería una falta de respeto a los inquilinos de la canija.

—Llama a la muerte por su nombre sin el apodo, Gus.

—No seas supersticioso, hombre. La apuesta debe llevarse a cabo, esta noche, poco antes de la hora cero, la de los tembleques. Es decir, Oly, a solas, sin linterna, empezará el recorrido a la medianoche. Y será la verdadera monda —se rió Larrikin agudamente.

—Tu madre tenía razón la pobre, Gus. Sigues siendo un gamberrillo y morirás igual. No veo dónde está lo carcajeante.

—Oly terminará su recorrido ante la verja y andará lentamente durante toda la vuelta y hasta el cruce de carreteras, donde serán testigos Joe y Melton de que no alarga el paso. Si no corre, gana.

—Gana.

—Pierde sin remedio, porque tú y yo nos saltaremos la tapia a eso de las once y media. Cuando oigamos los pasos de Oly, me encaramo en la tapia, y le atizo un sopapo blandengue con un trapo blanco mojado. —Y riendo a mandíbula batiente, se limpió Larrikin los párpados con el dorso de la mano.

Sam Malone hasta entonces fruncido el ceño, rió a disgusto, comentando:

—Eres un carota espantoso, Gus. Mira que bromear con los inquilinos de un cementerio...

—A los que están dentro, todos mis respetos. Pero apenas le atice el húmedo sopapo a Oly, galopará como un onagro hasta la misma frontera.

—¿Por qué quieres que vaya contigo?

—Hombre, vamos siempre a medias, ¿no? Quiero repartir contigo los quinientos de Oly, y de paso, porque yo solo no me meto ahí dentro ni empujado. Trato hecho, Sam. Doscientos cincuenta por barba, y encima nos vamos a mondar.

—Yo, en el pellejo de Oly, al encajar el sopapo, me subo a la tapia, a ver quién es el idiota tan irrespetuoso que se dedica a hacer

majaderías en un cementerio.

—Sí, pero por suerte tú no eres Oly. ¡Ey, me has llevado al barrio de los Panchos!

—Porque es donde se encuentran los mejicanos, ¿no? Empieza a demostrar tu talento de detective. Ya sabes: ella no tiene pérdida, porque sus curvas marean, y se llama Adelfa Salgado. El hermano es Rufi... Ostras, ¿será posible?

Sam Malone se detuvo, cruzando los brazos, indignado. El sargento Langlen acababa de apearse de un coche patrulla y Larrikin susurró:

—Voy a indagar en la taberna «Jalisco», Sam. Tasca el freno con el sabueso.

Se alejó apresuradamente, y Jim Langlen a dos pasos de distancia, se detuvo, echándose atrás el sombrero:

—Que me aspen si no me escamas mucho, Sam. Ahora te ha dado por aficionarte a la charla con los Panchos. ¿Puedes dedicarme media hora?

—Si es para partimos la boca, ya mismo.

—Llegará el momento ansiado, Sam. Ya sabes quién es Horace Sinclair. Encargó una investigación particular a un privado, y asómbtrate, Sam. Sinclair quiere hablar contigo y acepté darte el recado por si te veía. Te he visto.

—Ahora estoy con Gus, buscando el condenado loro. Sí, no me mires así, porque ya te dije que también yo soy caprichoso y quiero comprar el lorito ése para divertirme.

—¿No te basta con Gus? ¿Qué le respondo a Sinclair?

—Qué tan pronto pueda, voy. El hocico te rebosa de sospecha, y para que te enteres, me tienes ya harto, Jim.

—Queda menos para que nos desfoguemos a piñazo limpio, Sam. Abur.

El sargento Langlen entró en el coche que partió velozmente.

Del interior de la taberna «Jalisco» surgió una llamada aguda:

—¡Socorro, Sam!

Sam Malone irrumpió impetuosamente en la taberna mejicana, buscando ansioso a su amigo. Lo vio, casi oculto entre dos individuos que parecían querer emparedarlo entre sus torsos.

Gus Larrikin, recobrando el ánimo, anunció torvamente:

—Apartad las grasas, Panchos, o me desmeleno y saldréis en

camilla.

Uno de los mejicanos alzó mano sobre la cabeza de Larrikin. Sam Malone cogió al vuelo la muñeca, torció y achuchó con la rodilla. Su zurda abierta, a la vez, empujó por el rostro al otro mejicano.

Gus Larrikin, liberado, se colocó tras su amigo, manifestando:

—Os la habéis buscado, Panchos. Y no vamos a tener la menor compasión a menos que me pidáis misericordia.

Los dos mejicanos miraron hacia el del mostrador, que dio una cabezada de asentimiento. Otros dos mejicanos, al fondo, sentados en torno a una mesa con cuatro frascos y cuatro copas, permanecían indiferentes.

Resonó el peculiar chirrido seco del cuchillo de muelles que esgrimieron simultáneamente los dos mejicanos que estaban en pie.

Sam Malone cruzó las dos manos ante el cinto, y advirtió:

—Pelear por beberías no me agrada, pero si os ponéis agresivos, os aviso: si empiezo en serio, no me paro hasta el final. Y Gus es testigo de que provocasteis la jarana.

Avanzó uno de los mejicanos hacia un lado, en diagonal. El otro amagó un corte en el aire.

Descruzó Malone las dos manos, y en una apareció el garfio corvo, y en la otra el cuchillo.

Desde la mesa, uno de los sentados, ordenó:

—Atrás, Marcos y tú también, Rodolfo. Enfundando dije.

Marcos y Rodolfo, a regañadientes, volvieron lentamente la espalda, guardándose los cuchillos. El que había dado la orden, añadió:

—No pasó nada, sino cosas de la sangre caliente, sin más.

—Cuando eran dos contra mi amigo, no se metió usted, capitán.

—Porque no había sangre a la vista —rió el aludido, que vestía uniforme de capitán mercante—, su amigo entró preguntando por una señorita muy bien querida de Marcos y Rodolfo. Puros celillos, sin más. ¿Me admite una copa? Soy el capitán Fernando Bravo.

Era un individuo de agradable sonrisa que poniéndose en pie, se aproximó al mostrador. Marcos y Rodolfo fueron a sentarse con el tercer y silencioso compañero, cuya camisa blanca tenía galones de piloto. Explicó Larrikin:

—Pregunté por Adelfa y se pusieron a crujir de dientes los dos

Panchos... Perdón, capitán.

—Aquí es nuestro apodo, como allá son ustedes «gringos» —rió Bravo—. Una ronda de lo que pidan los señores, Paco. Para mí, lo mismo. Nos conocemos de vista, Sam Malone. Mi barco es el «Tucumán II», que repara averías, y nos prolonga la estancia en tierra.

Tras el mudo brindis, y apuradas las copas, correspondió Malone con la ronda obligatoria. El capitán Bravo manifestó:

—La señorita por quien preguntó su amigo, viene por acá. No es novia fija de nadie, que yo sepa. Pero conoce el dicho, Malone. «Clan irlandés, no quiere en la sopa, inglés», que corresponde al dicho de mi tierra: «Donde ya hay serenata, no des la lata».

Sonrió Malone porque le caía bien el capitán mejicano:

—De acuerdo. Trataremos de ver a Adelfa en otro sitio. Tanto gusto y sin rencor con nadie, ¿enterados?

En la acera, agarrado del brazo de Malone, musitó Larrikin:

—La cosa se complica. Sam. Fenecidos Carvajal y López, surgen otros cuatro lobatos.

—El capitán se nota que es decente, y los otros pues son juguetones, sin más. Vamos a hacer una cosa. Tú en aquella esquina y yo en la otra. A la que aparezca Adelfa a por ella, antes que entre en el «Jalisco». No tiene pérdida. —Y dibujó Malone circunferencias en el aire, añadiendo:

—Cabello larguísimo, ojazos de antracita y una boca que da gazuza. Vete a aquella esquina y no entres en ninguna taberna.

—Llegaste precisamente cuando iba a demostrarles lo feroz que me pongo cuando me faltan —aseguró Larrikin alejándose, a salvo la honrilla, olvidado ya de su grito de náufrago.

En la otra esquina se adosó Malone, contemplando de vez en cuando a alguna mejicana llamativa.

Un coche se detuvo y bajó una joven que aproximándose a Malone le tocó el antebrazo.

Apartó Malone la vista de la calle para mirar a la desconocida, que anunció suavemente:

—Soy la hija del capitán Soto.

CAPÍTULO VI

—Ostras, no. Otra vez, ni hablar —afirmó Malone con energía—. Piqué una vez, pero no dos, narices.

Extrañada, la joven arqueó las finas cejas. Era bonita, con delicadeza en las facciones aniñadas y de esbelto cuerpo revestido con sencilla elegancia con un conjunto blanco y azul.

Los claros ojos castaños tenían toques dorados, al igual que su cabello.

Añadió Malone malhumorado:

—No me diga que tengo que ir a su casita del bosque, donde mamá está preparándose tortitas de miel.

Lorena Sinclair frunció la nariz y murmuró:

—Ha bebido usted más de la cuenta, Sam Malone.

—Dos copas de no sé qué y estoy sobrio. ¿Aquél es su coche? —Y señaló el bruído «Triumph» que debía ser un bólido en la autopista.

—Sí.

—Así empezó Adelfa. ¿Es que ahora prueban con otro gancho? Es la reoca, pero claro, usted tan fina, candorosa y tal, me mete en el saco, dijeron los socios.

—Papá me advirtió que era mejor que no intentase hablarle, Malone.

—Ahora se esfumó la mamá, y le echamos mano a papá. ¿Y quién es su papi?

—Horace Sinclair.

—Ostras, la repanocha. —Y rió Malone condescendiente—. Miente usted muy mal, jovencita.

Relucieron los claros ojos pardos y el delicado semblante expresó modificación, mientras Lorena Sinclair manifestaba:

—No pretendía encontrarme con un modelo de cortesía, pero tampoco esperaba que fuese usted tan grosero, Sam Malone.

—Sí, me voy a poner guantes amarillos con una niñita que se asoma declarando que es hija del capitán Soto y a renglón seguido me suelta que su papi es el ricacho naviero Sinclair.

—Me llamo Lorena, y mi verdadero padre, Julián Soto, me abandonó en un orfanato, del que salí a los quince años, adoptada por Horace Sinclair, que para mí ha sido y es al que considero mi único padre.

—Hombre, ahora la cosa se aclara algo, y tiene usted un morrito de nena sincera. Pero si la recibí de uñas, es porque ya me dieron un timo con el truco del parentesco con Soto y es natural que ande escamado, muchacha.

—Le ruego venga conmigo, porque en plena esquina no puedo decirle algo importante, para mí, y posiblemente para usted.

—Tengo que vigilar a Gus... Bueno, aparcamos al otro lado, y charlamos, sin perder de vista a Gus.

Tras maniobrar y estacionar en el sitio indicado, expuso ella:

—Mi padre adoptivo me entregó una carta que el capitán Soto envió desde México antes de embarcar en el «Tucumán II». El desconocía mi actual paradero, y mandó la carta al orfanato, de donde la remitieron a mi padre adoptivo.

Abrió ella el bolso blanquiazul y mostró un sobre, añadiendo:

—Horace Sinclair encargó a un detective privado que hiciese gestiones. La carta llegó al día siguiente de atracar el «Tucumán II», y supe que el capitán Soto, al cual no llegué nunca a conocer, había sido enterrado en el Cementerio Marino.

Malone miraba de vez en cuando hacia la esquina en que se hallaba Larrikin, pero sus ojos volvían atraídos hacia Lorena Sinclair. Modosita, refinada y cultísima. Exactamente todo lo contrario de las muchachas que él solía frecuentar.

—Antes de leerle la carta del capitán Soto, he de explicarle por qué vine en su busca. El detective que hizo las gestiones es amigo de Sinclair, y supo por medio del sargento Langlen... —Se detuvo ella sorprendida.

La expresión de Malone, de apacible y atenta, se había convertido en hosca, y gruñía:

—Este solemne animal de Langlen me está resultando una pesadilla. Lo encuentro hasta en la sopa. Hoy ya le he visto tres veces. Siga.

—El sargento Langlen informó que dos marineros del «Tucumán II», habían tenido un destino misterioso: uno desaparecido, y el otro, muerto torturado. Esto confirmaría lo que contiene la carta del capitán Soto. No me considere insensible, pero si bien pudo él arrepentirse tardíamente, el daño estaba hecho. Mi madre murió, según tengo entendido, por malos tratos, días antes que él me llevase al orfanato. En lo sucesivo cuando mencione a mi padre, sabrá que hablo de Horace Sinclair.

—De acuerdo, y me cae usted bien porque aparte no echarle teatro a la cosa, no se da tono conmigo.

—No lo entiendo.

—Todo quisque al hablar de Sinclair, antepone el señor y casi hace una reverencia. Usted, es sencilla y no quiere atosigarme con los señorios. Se lo agradezco, Lorena.

Sonrió ella:

—Comprendido, Sam. Y sigo con lo que le explicaba. El amigo detective que investigó supo que el desaparecido marinero estaba en posesión de objetos que el capitán Soto menciona en su carta, y que estos objetos los adquirió usted. ¿Es cierto, Sam?

—Vamos a hacer una cosa, muchacha. El que lleva la batuta es el profesor Mulligan, que se aloja en la posada «Greengrass», como yo. Si no le parece mal, dentro de una hora o cosa así, le lleva la carta al profesor Mulligan y él decidirá. Es una gran persona muy sensata y sabia.

—De acuerdo Sam. Celebro haberle conocido... ahora.

Bajando del coche, rió Malone:

—Mejoro mucho si me pulo un poco. Hasta luego, Lorena guapita.

Arqueó ella una ceja y pisando el embrague se alejó, cediendo su seriedad paso a una sonrisa divertida. Era original aquel hércules, reputado como un temible pendenciero. Original y «pulido» sería un hombre digno de sondear, porque parecía noble y desinteresado. Dos cualidades poco corrientes en el círculo varonil que ella frecuentaba.

En la acera, Sam Malone se volvió lentamente, meditando que aquella muchacha poseía un encanto que se filtraba como los extractos de buen perfume...

Emprendió una veloz carrera.

Gus Larrikin acababa de desaparecer de la esquina como absorbido por un aspirador gigante.

Cuando el capataz llegó a la esquina, no había rastro de Larrikin.

El estrecho callejón tenía a cada lado la misma clase de locales alternados: bares, *cabarets* y hoteles sin restorán.

El tránsito era casi nulo. Dos mujeres a la expectativa, un borracho que perdía la vertical apenas dejaba de apoyarse en la pared, y un marinero rubio, sentado en el bordillo de la acera, cantando con lúgubre desafinación las desventuras del arponero en búsqueda de su novia fallecida en un naufragio.

Malone tocó en el hombro al marinero, que alzó la cara congestionada, sin dejar de cantar.

—Un hombre de poca estatura y menos carnes, estaba en aquella esquina, hace un minuto.

El marino asintió elevando la voz en el estribillo anunciando que el arponero abría con saña los peces susceptibles de haber deglutinado a la novia adorada.

—¿Dónde fue? —preguntó Malone.

Terminó el marino con un agudo trémolo, y con voz normal expuso:

—Un «grasoso» lanzó un látigo. La punta se enrolló en el brazo del pequeño que salió pitando hacia donde lo atraía el Pancho.

—¿Dónde?

—Aquel portal que lleva el 7.

Reanudó el marinero su cantinela.

Gus Larrikin se había ladeado porque en la acera opuesta a la que él acechaba, acababa de aparecer una morena que era una obra de arte propia de una imaginación volcánica. Le recordaba su pasión adolescente por una actriz, Linda Darnel, superada anatómicamente por la presente. Era un embeleso contemplarla. Y, además, aquella odalisca le miraba a él, a Gus Larrikin, que rectificando el nudo de una corbata inexistente, guiñó un ojo.

Adelfa Salgado correspondió con una mueca que podía expresar muchas cosas.

Y el látigo mulero manejado por Rufino Salgado desde un portal,

proyectó sus cuatro metros, enroscándose su extremo en torno al brazo derecho de Larrikin, atrayéndolo con brusco tirón.

Recorrió Larrikin cuatro pasos con gran rapidez, y no repuesto de la doble impresión contraria, la del flechazo y la del trallazo, intentó reaccionar, pero ya estaba ante el portal y en su cabeza se abatió el mango.

Adelfa Salgado cruzó la calle y empujó al que rodeado el cuerpo por la correa, se tambaleaba, mareado por el golpe, Un cilindro de escasa diámetro se apoyó en la nuca de Larrikin y la suave voz femenina aconsejó:

—No des molestias, hombrecillo, y verás cómo terminamos asociados.

Rufino Salgado inclino el torso para cargarse al hombro el fardo de poco peso. Su brazo izquierdo rodeo las piernas de Larrikin y fue subiendo escaleras.

Colgantes torso y cabeza, Larrikin trataba de recobrar sus sentidos, confusos tras el choque mental de la decepción y el choque físico del doble impacto.

Al término de los tres pisos, un rellano daba acceso a la azotea, en cuyo centro había una construcción de madera y latas. El interior era cálido, y estaba dividido en dos secciones por un tabique de cartones.

Salgado arrimó su carga a la pared, tanteando con la espalda de Larrikin hasta encontrar lo que buscaba. Un garfio. Donde quedó inserto el cruce de correa, suspendiendo al prisionero cuyos pies distaban medio metro del suelo.

Adelfa, adosada a la puerta, dijo:

—Sin brutalidades de abuso, Rufi. Vigilo fuera, no vaya a subir ninguna comadre.

Antes de salir, añadió ella mirando con dureza a Larrikin:

—No le ponga rabioso a Rufi, si quiere cumplir su próximo santo. Y si es bueno, seremos socios. Le gustará, verá que sí.

Gus Larrikin la vio salir, y desamparado en su poco airosa postura, escrutó el recinto. Cerró los ojos, mascullando:

—Este lechuzo trae la negra.

En un rincón, encadenada una pata a la percha, el loro tuerto se paseaba por la barra horizontal cansinamente.

Rufino Salgado cabalgando una silla con el pecho contra el

respaldo, a dos pasos de distancia de Larrikin, expuso como apenado:

—Ya oíste a mi hermana, pequeñajo. Me da grima tenerte que despellejar y asar si te pones tonto. Prefiero que seas charlatán, macaco.

—Cuando venga Sam, te enterarás de la clase de jabato que soy —amenazó angustiado Larrikin.

Salgado señaló hacia una mesa sobre la cual había un extraño instrumento y aclaró:

—Se llama cauterizador. Parece un soplete autógeno, ¿verdad? Sí te fijas verás que el pico sirve para cortar, pero si se aprieta el botón, chamusca la carne. Curaba muy bien las llagas de los mulos, pero ahora empieza a pensar lo que duele la herramienta, monicaco, si te la paso por la planta de los pies o por el lomo. Primero corta un poco, y luego la llamita hincha. Reflexiona, pequeñajo.

Reflexionó Larrikin y su palidez aumentó al evocar la espalda y los pies de Nacho López. Anunció amablemente:

—Soy hombre predispuesto a la discusión constructiva, Rufi.

—Eres el compadre de Malone. Carne y uña os llaman a los dos, y te puedes salvar con sólo decirme una cosa.

Cabeceó Larrikin enérgicamente, pidiendo a la vez:

—La correa se hinca, Rufi. Descuélgame, hombre.

—Aguanta, flojo. Los dos libros y el cuadro de mariposas del capitán Soto, ¿dónde los ocultó Malone?

—Los regaló a un íntimo amigo suyo.

—¿Quién es el amigacho?

—Un irlandés llamado Jim Langlen.

—Dime dónde tiene el pesebre este Langlen Jim.

Rió Larrikin complacido, disfrutando de antemano:

—Se aloja en un hotel de la Segunda Transversal del muelle Este. Lo pescarás desprevenido hacia las diez de la noche, hora en que ronca como un becerro fatigado.

—¿Hotel cómo?

—Hotel «Erin».

—Tu desparpajo me pasma, tití. Quieres hacerme creer que Malone le regaló a este Langlen lo que vale un Potosí.

Y levantándose Salgado se dirigió a la mesa. Empuñó el

cauterizador y añadió:

—Funciona con pilas. Al apretar este resorte el hierro se pone al rojo vivo.

—Pero, hombre, ¿por qué no dejas en paz el trasto este? —Rogó Larrikin suplicante—. Te dije la pura verdad y me sales ahora con una deslealtad increíble. ¿Somos o no somos machos? El trato fue que yo te revelase el sitio, y... y...

Rufino Salgado acababa de apoyar el pico metálico sobre la mesa presionando un resalte del mango en forma de culata, y el chirrido crujió en la madera, chamuscando y levantando una voluta de humo.

—La carne te olerá a tocino ahumado, pequeñajo.

El sudor perló en la frente de Larrikin que empezó a bambolearse como un péndulo, en su suspensión.

Salgado, manteniendo el cauterizador enfocado como una pistola, se aproximó con estudiada lentitud.

Sam Malone, subiendo, iba llamando en cada puerta, repitiendo la pregunta:

—¿Adelfa Salgado?

Le replicaban con encogimientos de hombros, negativas de una sílaba, y en el segundo piso, al llamar a la puerta más próxima a la escalera, abrió una maleta de profesión bien evidente que sonrió acogedora.

—¿Adelfa Salgado?

—¿Qué tendrá ella que no me sobre a mí? —rió la mulata—. La encontrarás en la azotea, muchachote. Y si no está, aquí me tienes esperándote y moliendo café tostado.

Subió Malone de tres en tres los peldaños, deteniéndose junto al marco abierto que daba acceso a la azotea. Veía a Adelfa paseando indolente ante una estructura de maderas y latas.

Calculó la trayectoria y se abalanzó sobre la punta de los pies. Al ella girar en su corto paseo, dilató los ojos, tratando de abrir su bolso.

La zurda de Malone se aplicó sobre la boca femenina, mientras la enlazaba por el talle desde atrás, levantándola en vilo. Cayó al suelo el bolso, mientras perneaba la mejicana.

Tomando impulso, ladeó Malone a la mejicana, y su hombro izquierdo chocó ruidosamente con la puerta, que saltó de sus goznes.

Llevado del impulso recorrió Malone unos pasos, y soltó a Adelfa.

Rufino Salgado que estaba aproximando el soplete incandescente hacia el pecho del prisionero suspendido del garfio, lo dirigió bruscamente hacia el intruso.

Malone alargó un brazo y el hierro al rojo vivo avanzó hacia su diestra. El irlandés alzó el puño de Salgado con un gancho zurdo, mientras su diestra se cerraba en torno a la garganta del mejicano.

—¡Cáscale sin remilgos, Sam! —vociferó Larrikin.

Salgado quiso bajar el cauterizador hacia la cabeza de Malone. La zurda del capataz le contuvo la muñeca derecha, rodeándola.

Pugné Salgado con fuerza y su puño izquierdo golpeó reciamente en el estómago al irlandés que removió la mano prisionera del mejicano.

El pico del cauterizador aproximó su incandescencia al rostro sudoroso de Salgado, que abriendo el puño dejó caer la herramienta torturadora.

Boqueaba buscando aire para sus pulmones y agarró el antebrazo derecho de Malone con sus dos manos.

—¡Sam, la Adelfa! —chilló Larrikin.

Adelfa había cogido un taburete por una pata y esgrimiéndole en alto a espaldas de Malone, atacó furiosa.

Malone giró sobre sus tacones, sin soltar el cuello de su presa.

El taburete chocó estruendosamente contra la cabeza de Salgado, y Malone abrió la diestra, dejando libre la garganta del que se desmadejó, ovillándose en el suelo.

Alzó nuevamente Adelfa el taburete y Malone dando un paso a un lado, cogió por un codo a la que perdido el equilibrio, al fallar su segundo golpe, imprecaba en pintorescos insultos.

—Formalidad y buenos modales, Adelfa —aconsejó Malone asiendo por los dos codos a la mejicana.

Larrikin se balanceaba grotescamente, tratando de librarse del gancho que le suspendía por la espalda.

Malone empujó suavemente hacia un rincón a la que había soltado el taburete.

—Ocúpate de tu hermano, Adelfa, y no me calientes la sangre, ¿te enteras?

Se arrodilló ella junto al tendido, cuya sangrante cabeza colocó sobre el regazo.

Malone alzó un poco a Larrikin y lo descolgó, empezando a desenrollar la correa latiguera.

—Me atraparon a traición, cobardemente, sin reaños, Sam. Ella me puso febril mientras Rufi me lanzaba el lazo. Oye, este Rufi es un verdugo canallesco, pero le iba a largar yo el patadón padre, cuando entraste... ¡Mira el bicharraco, Sam! Nuestro por fin. —Y señaló al loro.

—Llévatelo con cuidado, Gus. Te pude confundir y te picotea.

Larrikin cogió la percha, tendiendo el brazo porque el loro lanzaba picotazos.

—Quieto, macaco, quieto, pequeñajo —amenazó Larrikin—. Sigue pidiendo guerra y te doy perejil.

Adelfa Salgado miró a Malone que manifestó:

—Tú fuiste la que le agrietaste el coco a Rufi. En tu lugar, yo desistiría.

—A la tercera va la vencida, Sam. Te acordarás de mí, te lo juro.

En la azotea, Gus Larrikin manteniendo al extremo del brazo la percha, le dio un puntapié al bolso femenino abierto. Una pequeña automática salió proyectada a ras de suelo.

La recogió Malone, y en el marco de salida de la azotea, quitó el cargador, lanzando la pistola hacia el alojamiento de los Salgado.

CAPÍTULO VII

Horace Sinclair, muy alto y flaquísimo, tenía la prestancia del hombre acostumbrado a ser obedecido.

—Espérame abajo, Lorena. Hablaré a solas con el profesor Mulligan.

—Acompaña a la señorita Lorena, Sam —pidió Mulligan.

Salieron ambos jóvenes, y anunció Sinclair:

—Ya le expuso Malone las razones por las cuales Lorena solicitó llegar a un acuerdo. La carta del capitán Soto es explícita en sus alusiones a restos arqueológicos de suma importancia científica y a la posible existencia de un tesoro maya.

Los ojillos azules del profesor estudiaban al visitante, que prosiguió:

—Mentiría si le dijese que me guía únicamente el interés científico. Deseo tratar con claridad, sin ambages, la posibilidad de un consorcio. Reconocemos Lorena y yo su derecho a participar en la propiedad de lo que pueda ser bailado, del mismo modo que usted reconoce y admite la legalidad de la condición de heredera de Lorena Soto, mi hija adoptiva.

—Malone y yo no nos oponemos a un consorcio, habida cuenta que él adquirió las bases que permitirán hallar el descubrimiento del capitán Soto. Usted financia la expedición, y consentimos repartir al cincuenta por cien.

—Para un científico, es usted un águila negociando —dijo secamente Sinclair—. Legalmente, la propiedad revierte en Lorena.

—Una propiedad hipotética hecha de alusiones. Si Sam no se opone yo estoy dispuesto a entregarle los objetos robados por un marinero al capitán Soto.

—Esta oferta, tras la petición de un cincuenta por cien, desconcierta.

—Puedo asegurarle que nadie sabrá dilucidar el método que

empleó Soto para dar la situación exacta del poblado, mediante una criptografía de orden muy particular. He dedicado largas horas al estudio, del secreto mensaje de Soto.

Una expresión astuta alentó en el descarnado semblante del naviero.

—La ética no le permite mutilar textos que no son de su propiedad.

—No los mutilé y son de mi propiedad, por cuanto Sam Malone los compró para obsequiarme en mi cumpleaños.

En la acera, reclinada contra el «Cadillac» de Horace Sinclair, decía Lorena:

—El propósito de mi padre es financiar la expedición y compartir lo que pueda hallarse. ¿Está dispuesto a aceptar, Sam?

—A mí me da lo mismo, y se hará lo que decida el profesor.

—Puede suponer para usted enriquecerse de pronto, Sam.

—Eso del dinero es un follón... Digo, es un jaleo. Si escasea, anda uno con la lengua fuera, buscándolo, y si abunda, se preocupa uno para colocarlo, que rinda y no se lo limpien.

—Entonces, ¿no le agradaría ser rico?

—Claro, muchacha. Pero el ideal es tener salud, buen humor y que ni sobre mucho ni falte el dinero. Oiga, es curioso, pero si no fuera usted la hija del naviero millonario, le iba yo a decir algo muy raro.

—Nací en el barrio de los pescadores, Sam —invitó ella.

—Bueno, pues estaba yo pensando que pasaría si una tarde me asomo yo por su casa y le pido que vayamos a merendar y al cine.

—Pruebe a ver, Sam.

—¿Mañana mismo?

Asintió ella en silencio, y Sam Malone silbó contento cuando desde la ventanilla de atrás del «Cadillac» Lorena Sinclair ondeaba los dedos en despedida.

En su habitación, Gus Larrikin sentado en su cama, miró con desagrado al pájaro acurrucado en la percha. Llevaba mucho tiempo perdido en querer enseñarle una frase, repitiéndola acompañada de un castañeteo de dedos.

—Renuncio, bicho. Si no fuera porque el profesor se ha empeñado en que vales un dineral, te llevaba al disecador.

El loro emitió una tos seca, y agitó un ala, graznando:

—«Concho y reconcho».

Gus Larrikin, extasiado, se levantó presentando la palma de la mano:

—Espera un poco, sarnoso, que voy a llamar a Sam.

Sam Malone subía las escaleras, silbando. Larrikin le apremió:

—Galopa, Sam. El bicho se desmelenó y habla que se las pela.

—El profesor llegó a un acuerdo con el naviero, Gus. Vamos a viajar y recorreremos la floresta mejicana.

—Viajar ilustra o sea que nos vendrá de perilla, Sam.

En la habitación, la aguardentosa laringe iba graznando:

—«... Cañamones, para Toribio, pronto. ¡Ya voy, ya voy, demontres!».

Sam Malone pasmado, se sentó en su cama.

—«Ja wohl, mela *Herr*. Nicht, nicht, abend... I love you, Rosita. Okey boss. ¡Du vin *rouge*, sapristi!».

—Y siguió un canturreo: «Quand je vois la vie ne rose»...

El profesor Mulligan entrando en la habitación, anunció:

—Hemos de ir haciendo los preparativos, porque...

Se interrumpió contemplando cariñosamente al loro que, dejando de cantar, exclamaba:

—«¡Cordura, bribones! ¡Me sobran riñones para arrasar con todos! Okey, okey, boss». —Y canturreó de nuevo—: «Adiós, linda Mariquita, adiós»...

Entraron dos nuevos espectadores: las esqueléticas hermanas Mauren y Tess Greengrass; Chasqueó los dedos Larrikin, y el loro graznó:

—«¡Ostras, vaya par de brujas!».

—Ey, ey, que no fui yo —protestó Malone—. Fue el bicho, ostras.

Las dos hermanas Greengrass abandonaron la habitación, muy envaradas.

Gus Larrikin revolcándose en la cama, sollozaba:

—La monda, la monda... Este pajarete es un talento... Se hacia el sordo, pero soltó la frase en el momento apropiado...

El loro había dado media vuelta en la percha, y se mordía la garra.

Anunció el profesor Mulligan:

—Es de la especie de los aras, cruzados con cotorra real, que

produce ejemplares híbridos y únicos, que sólo se hallan en las montañas selváticas al norte de México. Dentro de un par de días, iremos a Ciudad León, nuestra primera meta. Vendrá la hija de Sinclair, con un geólogo. Un viaje maravilloso, muchachos.

A las once de la noche, saliendo del cine, comentó Larrikin:

—Me pone febril la Lisa Taylor con sus dengues y remilgos. ¿Te fijaste cuando se desmelenaba ante el manso de su esposo?

—Lo que me amuela es el título de la «Gata sobre el tejado». Ni hay tejado ni hay gata.

—Es un símbolo metafórico de raigambre esotérica, ¿comprendes?

—No.

—Luego te explico. Tenemos que filtrarnos por la retaguardia.

—¿Dónde?

—En el cementerio, Sam. A prudente distancia de la fachada de enfrente, estarán Joe y Melton, los testigos. Nosotros, saltaremos la tapia por detrás.

—Olvídalo, Gus. Es una zopencada. ¿Qué son doscientos cincuenta míseros pavos, si al regreso de México nadaremos entre lingotes de oro?

—Primero, pavo en mano. No me vas a abandonar ahora, Sam. ¿O es que te rajas?

—¿Rajarme, yo? Andando, Gus.

—¿He tardado mucho, Archer? —preguntó la voz sin matices, ahuecada por la concha acústica del nincho.

Acodado junto al dictáfono, Glen Archer dejó de pulirse las uñas. Su reloj marcaba las once y media.

—Nadie me espera, patrón, y a nadie tengo que rendir cuentas, salvo a usted.



—A nadie tengo que rendir cuentas

—Me han informado que tu suplantación ha sido perfecta, Arch. Concretamente, ¿cuál era la misión de Seldom?

—Averiguar quién es el jefe de la organización que trafica con marihuana, recogida en Mobile y transportada a otros Estados, mediante un procedimiento hasta ahora ignorado.

—Y que debe seguir ignorado, Arch. Has hablado ya con el periodista Ted Foster. ¿Qué impresión te produjo?

—La de estar muy próximo a dar con la identidad del jefe del tráfico de marihuana.

—Exacto, Arch. Ésta es tu inmediata misión. Eliminar al periodista Foster, sin demora. Si es posible, que aparezca como asesinado por alguien alejado de toda sospecha de negociar en estupefacientes.

La silenciosa quietud que circundaba el cementerio marino empezó a influir en los nervios de Larrikin, que asido al brazo de Malone, bisbiseó:

—Tenemos que atravesar por entre las fosas, para llegar al muro delantero. Son ya las once y media, Sam.

—Te noto con tembleque, Gus.

—El fresquito. Sube ya, Sam.

Adosado al emblanquinado muro posterior, rebatió Malone:

—Si subo yo, ¿cómo vas a subir tú? Te hago la estribera.

Entrelazadas las manos, Malone empujó el pie de Larrikin, que logró asirse al borde y encaramarse. Malone retrocedió unos pasos, tomó impulso y practicó la dominación de barra fija, quedando a horcajadas. Resbaló hacia el interior, y cuando se deslizó Larrikin a su lado, murmuró ceñudo:

—Me sigue pareciendo una falta de respeto a los muertos, Gus.

Larrikin tendió el índice y el meñique para ahuyentar maleficios. Se oyeron unas pisadas lentas...

Larrikin se abrazó al amplio torso de Malone que, fastidiado, le sacudió, echando a andar por entre la hilera de panteones.

A medio camino, susurró Larrikin pegado a su espalda:

—Alguien caminaba.

—Oly Brand, que juega limpio y no es un tramposo como tú, ostras.

Al pie del muro delantero, Larrikin se secó el abundante sudor que le corría por el rostro, con un trozo de sábana, y extrayendo del bolsillo un tubo de goma de encolar, lo fue regando por el liezo, explicando:

—Es pasta blanca y así pegajoso, le dará más impresión a Oly.

Presentaba Malone las dos manos entrelazadas, y al poner el pie Larrikin, musitó:

—He rumiado que, si a la vez que le largo el sopapo con el trapo, gruño algo como: «buuú», el efecto será demoledor.

Empujó Malone y Larrikin quedó tendido en el reborde del muro. Se había vestido de blanco, «camuflado para la operación pánico», según manifestó. El estibador Oly Brand caminaba casi adherido a la tapia, con lentitud, y aplomo. La luna se ocultó tras una nube, sumiendo en mayores tinieblas los contornos.

Larrikin dejó colgar el trozo de sábana. Distaba Oly Brand dos pasos.

Los recorrió, y un blanco lienzo pegajosa chasqueó contra su cara, mientras cerca de su oído, una garganta emitía un susurro prolongado.

—«Buuú»...

Oly Brand imprecó:

—¿Qué diablos pasa aquí?

El trapo mojado volvió a ondear ante su rostro y una voz temblorosa chirrió despaciosamente:

—Tu última hora ha llegado, mortal insensato.

Oly Brand empujó con todas sus fuerzas el muro para dar un giro veloz y emprender una huida vertiginosa, saltando con prodigiosa propulsión a cada dos zancadas.

Gus Larrikin resbalando al interior, se acucilló, estremecido de hilaridad y gimiendo:

—La monda, Sam, la monda lironda. Pasará como una exhalación fétida, por entre Joe y Melton, y a la una a cobrar, según lo convenido.

—Si se entera, te hará menudillo.

Gus Larrikin sentado en el suelo, respaldándose en la tapia, examinaba el perificado bosque donde los cipreses tendían sus sombras por las hiladas de panteones. Dijo:

—Hemos de guardar unos minutos, porque si nos vieses salir...

Se interrumpió, parpadeando.

De uno de panteones acababa de salir un individuo que caminaba felinamente hacia la verja.

Larrikin asió con fuerza la diestra de Malone, que a su lado contemplaba el juego de las nubes correteando como un rebaño de

ovejas entre miríadas de estrellas.

Bajó Malone la vista Larrikin movió la barbilla repetidamente hacia la alameda.

Glen Archer, abriendo la verja, salió al exterior, siguiendo su camino.

—Era... un tipo siniestro, Sam —musitó Larrikin empinándose sobre la punta de los pies para tratar de hablarle al oído a su amigo—. Y salió de aquel panteón, el de los lobos de mar del navi... del navi...

Malone miró sorprendido a Larrikin que, agarrado de sus solapas, sollozó:

—¡La canija, Sam, la canija!

Cerraba Larrikin fuertemente los ojos.

Procedente del panteón de los Sinclair surgía una silueta alta y esquelética.

La pelada esfera blancuzca, de prognáticos maxilares, giraba lentamente sobre las vértebras del cuello. Las dos cuencas oculares emitían una oscilante fosforescencia.

Los grisáceos jirones del sudario se adherían a la descarnada osamenta, cuyas rótulas empezaron a crujir en sacudidas progresivas de lento avance.

Abrió Larrikin los ojos, y poniéndolos en blanco, gorgoteó:

—Sam... ¡La canija... ataca!...

La alta figura acababa de detenerse y alzó los dos brazos en alto. Sam Malone empujando a un lado a Larrikin que estaba al borde del desmayo, dio unos pasos en dirección al espectro, que agitó las manos descarnadas, lanzando un susurro gutural.

Sam Malone masculló indignado:

—¿Calaveras agresivas a mí?

Avanzó añadiendo:

—Aguarda, esperpento, que te voy a quitar a castañazos las ganas de burlarte de Sam Malone.

El espectro fue retrocediendo y desapareció entre dos cipreses.

Sam Malone corriendo, llegó al linde de los cipreses, mirando enfrente y a los lados.

No veía más que césped, lápidas, hornacinas y blancos panteones. Sacudió la cabeza, asombrado, apoyándose en la pared lateral del panteón de los lobos de mar.

Contorneó la esquina, viendo solamente unas escaleras que bajaban hacia una verja cerrada.

Respingó al sentir deslizarse en sus costados algo blando.

Los brazos de Gus Larrikin rodeaban su cintura, mientras imploraba:

—Marchemos, Sam. Tengo un pánico que no me lamo.

—Calma, Gus. Ya ves que estamos solos.

—Estaremos... más solos en casa, Sam. Vámonos, por favor.

Echando a andar hacia la salida, razonó Malone:

—Otro gamberro jugando a mofarse de los fantasmas como tú, Gus. Pero tiene que ser muy ágil, porque cuando creí darle caza, se esfumó, desapareciendo como si la tierra se lo tragase.

—Calla, hombre.

Dejando atrás la verja, aceleró el paso Larrikin, diciendo:

—Yo la vi muy bien vista, y era la propia canija. Sam. Puro esqueleto con su mortaja podrida y la calavera espiando... Como esta noche no voy a poder dormir, dedicaré el tiempo a estudiar este tenebroso misterio. ¿Oíste el susurro tétrico?

—Un gruñido como le largaste a Oly.

—¿Y el tipo que salió antes? Una cara que no se me despinta, Sam. Aquí hay un misterio de miedo.

—No tiembles más, ostras.

—¿Era o no era una calavera? ¿Eran o no eran un par de metros de huesos?

—En cualquier tienda de disfraces, te alquilan una malla negra con huesos pintados y una calavera de cartón.

—No tenía pupilas, sino llamas de fósforo.

—Se lo explicaré al sargento Langlen, porque no me agrada que anden haciendo gracias por un cementerio a la medianoche. Ni a ninguna hora.

—Langlen querrá saber qué hacías tú en el cementerio a esta hora.

—También es verdad, ostras.

En el bar de la posada, aguardaba Melton. Entrando, anunció Larrikin:

—Hemos visto una película... de miedo, muchacho. De miedo está la Taylor. Bueno, ¿y qué cuenta Oly?

Sobre la mesa alisó Melton los billetes de Oly Brand y dijo:

—Le he visto y no lo creo. Oly brincaba como un gamo epiléptico y no paró de pegar saltos hasta llegar a la primera casa. Cuando pudimos darle alcance, porque nos contagié las ganas de correr, Oly estaba blanco como la cal. Dijo que un sudario, se lo paró delante, mientras una mano fría y blanducha le rozaba la cara. Y una voz de ultratumba le susurro que su última hora había llegado.

Río Larrikin desdeñoso:

—Parece mentira que un hombretón hecho y derecho crea en sudarios ni en susurros, ¿eh, Sam? ¿Dónde está Oly?

—Se fue a acostar con una fiebre de caballo y no quiso que Joe se separase de su lado. Voy allá a ver cómo sigue.

En la habitación, Larrikin entregó cinco billetes de cincuenta.

—Es casi una estafa, Gus.

—Puro negocio limpio, Sam. La apuesta no fijó normas.

Sam Malone empezó a roncar pronto, mientras en su cama, Larrikin trataba en vano de coger el sueño.

Dio un brinco, gritando:

—¡Sam! ¡Despierta!

El disparo repercutía aún en ecos muy próximos, procedente de la habitación del profesor Mulligan.

CAPÍTULO VIII

Jim Langlen, palpándose la nuca, con mueca de fatiga, gruñó:

—No pongo en duda sus afirmaciones, profesor.

—Eras un imberbe zoquete cuando yo peinaba canas, Jim.

—Escuche, profesor, yo le respeto como es debido, pero vamos a procurar esclarecer los hechos.

—Para esto he acudido a tu convocatoria, Jim. Porque sin ánimos de ofenderte, creo que tú con tus propios medios, no aclaras nada.

—Usted me considera poco menos que un retrasado mental. Si soy sargento de policía, por algo será.

—Porque en este pueblo no disponen de mejores elementos, Jim. No te considero un cretino, sino un bruto con buena voluntad.

—Gracias, profesor —sonrió Langlen agriamente—. Vayamos a los hechos que debemos enfrentar y esclarecer. Usted se hallaba durmiendo, y despertó bruscamente al restallar un disparo. La puerta de su alcoba estaba abierta, y simultáneamente al disparo, el periodista Foster se desplomó de bruces dentro de su habitación, muerto. La muerte fue instantánea y producida por una bala en la nuca.

—Has resumido perfectamente el triste acontecimiento, Jim. No te enorgullezcas por ello, puesto que vienes repitiendo lo mismo desde esta madrugada.

—¿Duerme usted siempre con la puerta abierta?

—No.

—Entonces, ¿cómo pudo Ted Foster caer muerto dentro de su alcoba, profesor?

—Debes intentar exponer los indicios con mayor exactitud, Jim. Yo no duermo con la puerta abierta, sino cerrada, pero sin llave. Es decir, cualquiera, desde fuera, puede entrar. No te revelo nada nuevo, al indicarte que en la posada me consultan con frecuencia.

—Muy bien, profesor. Yo también le estoy consultando ahora. ¿Acostumbraba Ted Foster a visitarle de noche, y tan tarde?

—Ted entregaba sus reportajes y gacetillas hacía las dos de la madrugada, en la Redacción de su periódico. Duerme, o dormía, en una habitación contigua a la mía. Todas las noches, regresando de la Redacción, pesaba a cerciorarse de si estaba yo despierto o durmiendo, porque suelo acostarme tardíamente. Me sobran con cuatro o cinco horas de sueño, porque el exceso en el dormir, embota el cerebro, Jim.

—Según su declaración escrita y firmada, profesor, usted supone que Foster deseaba comunicarle algo importante. ¿En qué se basa para esta suposición?

—En indicios de deslumbradora evidencia, Jim. Ted iba a entrar en mi dormitorio, y el asesino se lo impidió. ¿Por qué? Porque Ted venía a comunicarme algo importante. Ten presente que Ted, últimamente me indicó que se hallaba sobre una pista sensacional.

—¿Sí? ¿Referente a qué hechos?

—Referente al tráfico de farmacopeas que proporcionan falsas y temibles ilusiones.

—¿Marihuana, por ejemplo, profesor?

—Exactamente, Jim.

—¿Tiene la bondad de repetirme lo que Ted Foster le reveló?

—Estaba en la fase preliminar de tanteo. Aludió únicamente a un método canallesco, en que se barajaban macabras posibilidades girando en torno a féretros, tumbas y camposantos. Nada más me aclaró.

—Muchas gracias, profesor. Puede que yo sepa demostrarle que no soy tan bruto como aparento.

—Deseo abandonar tu despacho, Jim, si la Ley no se opone. Tengo justa, reputación de ser puntual en mi cátedra.

—Por mí, no la pierda, profesor. Reitero mi agradecimiento.

—No hay de qué, muchacho. Ah, antes de que se me olvide. Los de la posada hemos contribuido en la suscripción abierta para sufragar un ataúd de lujo al pobre Ted. ¿Cuánto contribuyes? Eres irlandés, Jim.

—¿Le parecen bien diez dólares, profesor?

—Tu contribución es generosa, Jim. Gracias en nombre de un buen periodista muerto en acto de servicio.

En el pasillo aguardaban Sam Malone y Gus Larrikin. Éste iba muy abrigado, pese a la tibieza otoñal.

De vez en cuando, castañeteaba de dientes, y murmuraba:

—Tú verás cómo he pillado un reuma o cualquier galipandia dimanante de la exposición a la humedad nocturna. Este frío que me atormenta no es climatérico, Sam. Es un frío muy helado, como si... como si...

Y la diestra de Larrikin se crispó en torno a la de Malone. Balbuceó:

—Ahí se deslizó el tipo siniestro de anoche...

—Ostras, Gus, eres un caso de mieditis aguda. Se te aparecen visiones por todas partes. Y estás amarillo como una cáscara de plátano.

—El tipo siniestro entró en aquel despacho, la tercera puerta...

El sargento Langlen acompañó un trecho al profesor, y regresando, invitó, casi amablemente:

—Pasen, distinguidos declarantes. Tomen asiento.

Sentándose, replicó Malone:

—Menos guasa, sargento Jim. El asesinato de Ted nos ha afectado mucho a todos, y no estamos para bromas, ¿te enteras?

—Deseo comprobar si nuestros preclaros ingenios unidos consiguen poner claridad en este endiablado asunto. Me he repasado horas y horas todas las declaraciones de los inquilinos de la «Greengrass». Nadie vio nada, y algunos hasta ni oyeron el disparo. Vosotros tampoco atisbasteis a nadie sospechoso.

—Gus me despertó, y yo creía que era una de sus visiones.

—Ah... Ahora goza de visiones nuestro dilecto Gus Larrikin. ¿Qué clase de visiones, Gus?

—Escuche, sargento, yo, como no lo ignora, soy amante de la justicia tan bien representada por usted.

—Sin jabón, Gus.

—Pues que el asesinato ha sido cometido por alguien desconocido —afirmó Larrikin solemnemente.

Jim Langlen se masajeó la nuca, y resopló.

—Gus y yo no pudimos atisbar más que el cadáver del pobre Ted, y al profesor en la cama.

—Totalmente alelado, según su propia confesión —masculló Langlen.

—No era para menos —refunfuñó Malone—. Le resultó un despertar muy trágico al profesor presenciar como su buen amigo Ted caía tumbado con un balazo en la nuca.

—¿Y el que baleó tenía alas o qué?

—A las tantas de la madrugada, cualquiera puede salir tranquilamente de la posada. Por la escalerilla de incendios, por ejemplo —apuntó Sam Malone.

—Es posible, Sam. ¿Y quién tenía interés en matar a Foster?

—Tú eres el sabueso, ¿no? Gus y yo hemos venido de declarantes nada más, y hemos firmado, confirmado y ratificado.

—¿Qué te ocurre, Gus? Tu silencio es anormal. Tienes hocico de liebre moribunda.

—No pude pegar una pestaña con otra en toda la larga noche, sargento. Y ahora me está entrando un sueño que me atonta. De día, con buena luz y todo abierto, dormiré a modo, digo yo. Y si no hago falta aquí, me voy pitando a la cama.

—Pita, Gus. Hasta otra. Si te es lo mismo, Sam, charlaremos un poco tú y yo, aprovechando que estás conmigo.

—Hasta luego, Sam. No tardes, ¿eh? Mis respetuosos saludos a su señora, sargento —dijo Larrikin abandonando el despacho.

Jim Langlen redondeó los ojos bajo las hirsutas cejas.

—Tu amigo desvaría. Aparte de que soy viudo, tu amigo afirmó que duerme mejor de día, luces encendidas y con todo abierto. Cuando despedí al profesor, le oí decir a Gus que el tipo siniestro de anoche se deslizaba en un despacho...

—¡Cartas sobre la mesa! —exclamó Malone con súbita decisión.

Jim Langlen se frotó la nuca con vigor y gruñó:

—Estoy reventado, Sam, y tengo agujetas en el cogote con todo este ajeteo mental. No agraves mi estado. ¿A qué viene esto de las cartas boca arriba?

—Aquí dentro me pongo a pensar que eres polizante, Jim, y que tienes que demostrarlo. Y no quiero complicarte más el trabajo. Yo también, con un muerto en la posada, otros dos muertos recientes y la calavera agresiva, tengo la sesera hirviendo.

—Cristo. —Silabeó Langlen exhausto—. Dos muertos más y una calavera agresiva, para completar un caso sencillo.

—Voy a olvidar por unos momentos lo pendiente entre nosotros, hasta que aclares todo este potaje.

—¿Quieres café, Sam?

—No vendrá mal un buche. Pero que conste claramente y quedas enterado, que después de resuelto tu caso, lo prometido es deuda. Tú y yo, mano a mano, a dejar bien sentado quién es el más recio de los dos, para eliminar dudas, ¿te enteras?

—Quedo enterado —afirmó Langlen escanciando café del termo en dos vasos de papel parafinado.

Sorbieron ambos con deleite el líquido humeante, y enroscando el termo comentó Langlen:

—Un moka especial que resucitaría a un difunto. Aparte de Ted Foster, ¿cuáles son los otros dos muertos?

—El mejicano Nacho López por culpa del loro, y otro mejicano, Silverio Nogales, por culpa suya y mía. La cosa pasó así...

Relató Malone las incidencias y el remate de su forzosa visita a la casa entre los pinares.

Jim Langlen cruzó las dos manos tras su nuca, presionó y exhaló un hondo suspiro.

—Después, la Adelfa probó otra vez con Gus, y yo intervine a tiempo, porque Rufi iba a tostar a Gus. Adelfa le rajó el coco a su hermano con un taburetazo. Rufi tendrá que pasarse unas semanas encamado. Todo esto fueron incidentes de poca monta, pero que debes saberlos. Ahora bien, yo tengo la convicción de que Ted no murió por culpa del tesoro.

—No, ¿eh? Sigue. A ver dónde vamos a parar.

—En caso de ser por el tesoro, al que habrían escabechado habría sido al profesor o a mí, por ejemplo, para quitarnos los trastos del capitán Soto. Yo lo veo muy claro.

—Te envidio. Pero apruebo esta teoría del escabechamiento. A Ted lo mataron porque andaba muy cerca de solucionar el enigma de los narcóticos. Pero tu deber de ciudadano cuando reventaste a banquetazos a Nogales, era venir a darme parte. Un accidente es un accidente.

—Lo pensé, no creas, pero me dije que a lo mejor te ponías pesado. Bueno, y ahora vayamos a lo del cementerio.

—¿Lo del cementerio? Últimamente andas muy atareado, Sam, y en asuntos ajenos a tu honrada profesión.

—Por chiripa, ya que si no le regalo al profesor los libracos...

—Sam, íbamos camino del cementerio, ¿recuerdas?

—Anoche, Gus y yo rumiamos una broma graciosa para darle un susto a Oly Brand que alardea de no tener miedo de nada. Y rondaba la medianoche, cuando Gus y yo, dentro del cementerio marino, le arreamos el gran bromazo a Oly, que salió escarbando.

Jim Langlen bufó exasperado y añadió Malone:

—Si no me dejas que explique las cosas por el orden debido, yo mismo me formaré un taco, ¿te enteras?

—Bien. Oly salió escarbando. ¿Qué más?

—Y entonces, Gus dijo que de un panteón acababa de salir un tipo siniestro, que es el que cree haber visto entrar en el despacho que hay tres puertas más allá de la tuya.

Levantándose, Jim Langlen se acarició las comisuras labiales, brillantes las pupilas. Un «bulldog» olfateando perdices, pensó Malone.

—Sam, lo que acabas de contarme resulta muy interesante. Te escucho con devoción. ¿Le echaste el ojo encima al tipo siniestro de anoche?

—Le he visto ahora, y si es el que Gus ojeó anoche, aquí dentro hay un lío de los grandes. Porque en estos despachos sólo entran sin llamar, los inspectores, ¿no?

—Exacto, Sam. Hoy las aciertas todas.

—Oye, estás empleando un tono cariñoso que me escama mucho.

—Descríbeme al tipo siniestro.

—Ojos de verdugo y pisada de hiena. Será todo lo polizante que tú quieras, pero, ostras, tiene una jeta de homicida al por mayor.

—Es el inspector Glen Archer, que vino de Washington nada menos. Y dices que cerca de la medianoche, salía del panteón del cementerio marino.

—Hay más, algo más. Al poco, del mismo panteón apareció un esperpento que le produjo cólico a Gus. Así, de noche y al primer vistazo, el espantajo impresionaba un poco. Un esqueleto con un calaverón giratorio, que me hizo morisquetas para asustarme, echando susurros tétricos.

—Tú no sueles beber con exceso, y las pocas melopeas que agarras te dan por cantar y bailar. La verdad es que bramas como un toro y zapateas como un oso.

—No estaba borracho, ¿te enteras? Perseguí al calaverón y se

esfumó como si la tierra se lo hubiese tragado. Debía ser otro gamberro.

—Gracias por tus declaraciones. Sam, y trataré ahora de salir a flote del mar agitado en que tengo que nadar. Pasaré a verte apenas toque tierra firme.

Laird Wallace resolvió un crucigrama, acodado en la mesa de recepción de su establecimiento.

Sobre el dintel el letrero fluorescente pregonaba:

AGENCIA WALLACE
Pompas Fúnebres

A un lado del largo local se alineaban los ataúdes de primera, plateados, blancos y negros, con forro satinado. Al otro, los modestos de pino pintado.

Los verdosos ojos de Laird Wallace examinaron recelosos al que acababa de entrar. No, no era un familiar apesadumbrado.

Con macabra ironía pensó que el visitante era más bien un proveedor de su negocio.

—Buenas tardes, señor. ¿En qué puedo servirle?

—Sabes perfectamente quién soy, buitre.

—Creo recordarle de cierto viaje en tren...

—Olvidalo. Ahora estamos en Mobile.

—¿Cómo está usted, inspector Glen Archer?

—Encerrado en un despacho policial, he llegado a la conclusión de que entre aquellas cuatro paredes alienta un fluido contagioso. Porque he ido deduciendo, buitre. Dime, buitre, ¿qué precio tiene este cajón plateado con asas negras?

—Quinientos. Incluye el transporte, la corona y un lazo.

El índice de Glen Archer apuntó al otro lado:

—¿Éstos?

—Desde cien dólares hasta doscientos cincuenta.

—Y también gratuitos, ¿verdad, buitre?

Los ralos dientes amarillentos de Laird Wallace se exhibieron en sonrisa interrogante. Los verdosos ojos se redujeron al mínimo al entornarse los párpados.

—¿Tu vivienda? —Y señaló Archer la puerta del fondo.

—Sí. Y es también el taller de embalsamar.

—Hablaemos allí.

—Como usted quiera, inspector.

En el taller había una cama. Se sentó en ella Wallace.

—Desde aquí puedo ver la puerta de entrada. De todos modos, los clientes suelen telefonar antes.

Glen Archer se instaló en un sillón, aspirando, nariz arrugada.

—Antisépticos —aclaró Wallace.

—Somos dos imbéciles, Laird. Enriquecemos a otro, y seguiríamos siendo estúpidos, a no ser que haya un fin a todo. El gran negocio del patrón está a punto de agotarse. Sí, Laird. Washington envió ya un técnico, y enviará otros. Ted Foster, el periodista, andaba pisándole los talones al patrón.

—Ted Foster ocupa un ataúd de quinientos, pagado por suscripción del clan irlandés.

—Algún que otro de tus cajones lo rellené yo, indirectamente. ¿Por qué te suministré material? Porque se trataba de marineros que habían olfateado algo del secreto negocio del patrón.

—Es muy posible, inspector.

—Me llamo Archer. Cuando un marinero fallece fuera de su patria o de su residencia habitual, en este caso Mobile, tu agencia se cuida de darle tumba. A veces, hasta eres filántropo, Laird. Vuelas en avión, embalsamas, y de regreso aquí, cedes gratuitamente el ataúd de pino, si el cliente no puede pagarlo. Eres así de generoso. A veces, el marino no fallece por causas naturales, sino a efectos de un accidente o una supuesta reyerta sin testigos.

—No es posible que usted haya logrado deducir lo que ningún experto en investigaciones ha podido ni siquiera sospechar.

—Porque ningún experto se concentró en dos puntos que sólo yo puedo encajar juntos: tu puerca persona y el panteón de Sinclair.

Laird Wallace asintió, casi cerrados los ojos. Añadió Archer:

—Según las necesidades de transporte y distribución, por la costa mejicana, muere algún residente en Mobile. Yo mismo liquidé a dos marineros en Tampico y Veracruz.

—Lo recuerdo. Los embalsamé apenas me telegrafió la naviera.

—Para embalsamar, ¿cómo manipulas? ¿Cuál es la operación básica?

—Vaciar, inyectar parafina y una solución química, y coser.

—Esto hacen los embalsamadores decentes. Tú no, buitire. Tú rellenas los huecos con paquetes de marihuana.

Glen Archer levantándose, se pulió las uñas de la diestra en la solapa.

—Un medio de transporte y desembarco, digno de ser patentado, Laird. El difunto es enterrado de día y de noche, es desenterrado. Ya entró en Mobile la marihuana, y se deposita donde nadie irá a registrar. Un panteón.

Laird Wallace murmuró admirado:

—Usted tiene dotes de investigador. Archer.

—No hay mérito. Conozco el panteón y te conozco a ti. Pana sacar la droga de este estado, empleáis el mismo truco, pero a la inversa. Un marinero lejano muere en otro Estado. Yo eliminé a uno en Saint-Louis. La agencia funeraria Wallace ofrece sus servicios a precios sin competencia. El ataúd viaja al norte llevando la marihuana. Y regresa con un honorable difunto.

—Dando por cierto que sus deducciones sean atinadas. Archer, no alcanzo a comprender el motivo de su visita.

—Este gran negocio llegó a sus postrimerías, Laird. Horace Sinclair, con su panteón-depósito y distribuidor, habrá ganado millones y sabrá retirarse a tiempo, tal vez ya esté preparando la liquidación por derribo del negocio. Nos pertenece en la liquidación de esta sociedad, una retribución mucho mayor para nosotros.

—Comprendo. Próxima la terminación del negocio, usted ha calculado que debemos obtener un porcentaje de todas las ganancias acumuladas por el patrón. Cuento conmigo.

—Necesito tu testimonio llegado el momento propicio, que no tardará. Juntos conseguiremos por lo menos un cuarto de millón cada uno. Volveré mañana, Laird Wallace. Esta noche tengo cita con el patrón.

Laird Wallace acompañó hasta la puerta a Glen Archer.

A solas, paseó taciturno algún tiempo, alternando su pensamiento entre titubeos y decisiones. Por fin, decidió aliarse al asesino profesional. Un cuarto, de millón como reparto final.

Se sobresaltó cuando al ir a cerrar, reconoció al que le empujaba: el sargento Jim Langlen, que ordenó:

—Cierra, Wallace.

—Nunca cien del todo, por si viene algún familiar, sargento.

—Hoy cierras creo que será una clausura definitiva.

Echada la puerta metálica, Laird Wallace demostró cierto nerviosismo, que fue en aumento, al oír:

—Como prólogo te trataré con amabilidad. Escasa, dado tu calibre monstruoso. Después, ya dependerá de ti que ingreses casi indemne o muy fracturado, en una celda. Acaba de visitarte el inspector Glen Archer. Te habló largo rato. ¿De qué?

—Preguntaba sobre determinados ciudadanos de Mobile, sargento. Supone que yo conozco a todo el mundo.

Jim Langlen se miró el puño. Movi6 la muñeca.

—Aquí, entre nosotros, y muy en privado, te confesaré que ardo en impacientes ansias de romperte la cara, como aperitivo. Voy ensamblando datos para destapar la horrenda podredumbre que encubres con tu negocio de cajas destinadas al cementerio. Viajas mucho, Wallace.

En el taller de embalsamar, una silueta alta y flaca se desliz6 hacia el marco de la abierta puerta. En la diestra relucía una automática. Dispar6 repetidamente.

Los dos primeros balazos dirigidos con precisión hacían puntos vitales del propietario de la agencia.

La automática encañon6 seguidamente a Jim Langlen.

El sargento irlandés se hallaba ya parapetado tras un ataúd, y apret6 el gatillo.

Su plomo astill6 el marco de la puerta del taller.

La silueta alta y flaca huy6 hacia el patio posterior, con ágil celebridad.

Momentos después, Jim Langlen, furioso, contemplaba el patio posterior y el sendero desierto, que remontaba entre espesa arboleda.

Regres6 al local de venta, examinando malhumorado a Laird Wallace, doblado sobre un ataúd de pino.

Sin la menor pulsaci6n vital. El primer balazo había penetrado en la base del cráneo.

El segundo había sido superfluo. Un prudente remache para consolidar el eterno silencio de Laird Wallace.

CAPÍTULO IX

En la butaca del cine, comentó Lorena Sinclair:

—No soy gazmoña, Sam, pero me dolería que cometieras una torpeza conmigo.

—Soy incapaz de ofenderte, muchacha, porque tú eres la clásica chica buena con la que uno se casaría... si no te sobrasen los millones. A lo más, a lo más, me gustaría que me dieras la mano cuando el argumento se ponga emocionante.

Rió ella.

—Pero si has escogido una película de indios y vaqueros, Sam.

—Para quitarme el mal gusto del rollo que me zampé anoche. Un tostón incomprensible. ¿Quieres cacahuetes?

—Pastillas de menta, Sam.

Masticando manises, Sam Malone se interesó enormemente en las desilusiones del indio noble y los apuros del vaquero bravo, enzarzados en lucha sin cuartel con viles contrabandistas de *whisky* que por añadidura era falsificado.

Cuando el protagonista escapaba a uña de caballo infatigable, a la persecución de una nube de pieles rojas, Sam tendió la ancha diestra y Lorena depositó en ella su mano que desapareció por completo, estrujada cariñosamente.

Tras el beso final del chico vencedor y la chica remolona, al encenderse las luces, comentó Malone:

—Se entendía perfectamente el asunto, pero lo que me revienta es que al chico nunca se le acaban las municiones. Larga riñas sin parar con una sola herramienta.

—¿Por qué no te gustó la película de anoche?

—Una mujer casada hinchándose de chillarle al marido, no está bien. Que chillen los dos, pase.

En el coche, manifestó Lorena:

—La muerte de Ted Foster me ha alarmado, Sam.

—Puedes estar tranquila, porque el profesor dice que no tiene nada que ver con el tesoro de Soto.

—¿Dónde quieres que te deje, Sam?

—No me dejes nunca más. Bueno, llévame a casa porque tengo que enterarme como sigue Gus. Agarró una ictericia trepidante. ¿Nos vemos mañana, Lorena guapita?

—Nos veremos mañana, Sam, pero no me llames así, como a una niña. Tengo ya veintidós años.

—Y yo veintisiete, para que te enteres, chiquilla. El viaje a México se nos atrasa por culpa de las indagaciones de tortuga de Jim Langlen, sobre la muerte de Ted. Pero mañana a las cinco, como un clavo, te espero en la misma esquina.

—Ven a buscarme a casa. Quiero que papá te conozca mejor.

—Bueno. Hasta mañana, Lorena preciosa. Te estoy empezando a querer con ganas, ¿sabes?

En la habitación, Gus Larrikin muy amarilla la tez, se estremecía con intermitencias, embutido en un pijama verde, complementado con una ancha bufanda y un gorro de lana.

Se removió quejumbroso al entrar Malone.

—He dormido a ratos, Sam. Esta noche no salgas de aquí, ¿eh?

—No soy tu nodriza, ostras.

—Rezumo presagios pesimistas. Sam. La muerte ronda. Cada vez que oigo pisadas, veo la canija atacando, con aquel aleteo...

—¿Y el bicho?

—Se lo llevó el profesor a su cuarto. —Y se rió Larrikin débilmente—. Lo quiere retratar de frente, de perfil y de popa.

—Para estudiarle las plumas.

El profesor Mulligan había consumido dos películas enteras, en color.

A cada fogonazo, el loro se sobresaltaba, y graznando batía de alas, furibundo.

—Así no hay manera de captar la escala cromática —se quejó Mulligan. Y pasando a la habitación contigua, anunció:

—El papagayo no se está quieto, Sam.

—Hágalo disecar, profe —aconsejó Larrikin—. Lo que importa son las plumas, ¿no?

—Ayúdame, Sam. Tú lo sostienes por las puntas de las alas.

—¿Y los picotazos quién los sostiene? —insinuó Larrikin.

El sargento Langlen presenció los últimos enfoques del ave, y Mulligan declaró complacido:

—Ya puedes soltar a «Toribio», Sam.

AL quedar libre en su percha, graznó el loro:

—«Concho y reconcho».

Bajando las escaleras, dijo Langlen:

—Has de colaborar conmigo, Sam, en el descubrimiento que se avecina, del jefe de la organización marihuanera. Me pusiste sobre una pista que me valdrá el ascenso.

—Si lo sé, me callo. Cualquiera te soporta ascendido.

—La indagación es delicadísima, porque no puedo emplear agentes al acecho en el cementerio. Tú y yo, Sam, vamos a aclarar el asunto, y hemos de actuar aprisa, porque el jefe de los traficantes mató ya a su cómplice principal.

—Ahora voy a cenar, Jim. Luego hablamos.

—Pasaré a recogerte.

A las nueve de la noche. Glen Archer penetró en la cripta-panteón. Bajando la escalera, su zurda no abandonaba el contacto con la culata.

El dictáfono emitió su susurro preliminar y la voz contenía por vez primera un matiz amenazador:

—Has cometido un grave error, Archer, al asesinar al periodista en la posada. Lo considero tu primer fallo irreparable.

—Me dijo que era preciso eliminarlo pronto. No me señaló sitio.

—Tu segundo error y definitivo ha sido visitar a Laird Wallace.

Glen Archer insertó el índice doblado en el porta-gatillos.

—Te lo advertí, Glen Archer. No debías, hacer indagaciones sobre mi personalidad.

Por los peldaños, descendían las blanquecinas varillas óseas de un esqueleto, con crujiente lentitud.

La voz añadió:

—Me vi obligado a eliminar a Wallace porque lo iba a interrogar el sargento Langlen.

El esqueleto envuelto en los jirones de un sudario grisáceo se

estabilizó al pie de la escalera. Irguiéndose, silbó en prolongado susurro.

Glen Archer, de soslayo, miraba fijamente la fúnebre aparición incomprensible. Anunció:

—Cuidado conmigo, Sinclair. No me impresionan estos trucos.

La malla del dictáfono transmitió la risita enervante.

El esqueleto avanzó moviéndose en sacudidas, extendidos los largos brazos sin caras alguna.

La calavera oscilaba al extremo de las vértebras de transparentes alvéolos.

Glen Archer encañonó la macabra osamenta, apuntando rectamente el lugar hueco donde tenía que latir un corazón.

Era imposible que un conjunto de huesos pudiera caminar, moverse y amenazar con muecas.

El esqueleto, dos pasos del pistolero, abrió y cerró ruidosamente los maxilares, que chocaron entre sí con sequedad.

Avanzó un paso más, flexionando la parte superior.

Glen Archer apretó el gatillo. El silenciador apagó el estampido.

El balazo zumbó por entre las visibles costillas y se incrustó chispeante en la pared a unos ocho metros de distancia, frente a Glen Archer.

El esqueleto cabeceó a un lado y otro, en inclinaciones de la pelada esfera de cuencas rojizas. Parecía denegar...

Los maxilares se dilataron en toda su amplitud, rozando los descarnados dientes el rostro del pistolero.

Glen Archer disparó por segunda vez. El plomo, expulsado a bocajarro, se alojó entre los huesos frontales.

El esqueleto alzó los huesudos brazos, y se oyó una risita chirriante.

Glen Archer, adherida la espalda al nincho, iba denegando, ex orbitado, con creciente pánico.

La frialdad de los dos cubitos-radios heló su piel, al posarse sobre sus hombros, frotando los lados de su cuello.

La calavera de riente boca se apoyó en la cabeza del pistolero, que pulsó repetidamente el gatillo, vaciando el cargador.

Las balas silbaron agudamente en zumbidos reiterados, yendo a restallar contra la pared de enfrente.

El esqueleto se reclinó contra el pistolero, que cerró los ojos. Por

su lívido semblante el sudor resbalaba copioso, mientras su cuerpo se agitaba en convulsiones epilépticas.

Los abiertos maxilares se cerraron con ruidoso chasquido, atenazando las cejas y la parte inferior de la frente del asesino a sueldo.

En una esquina de la cripta, junto al pie de las escaleras, otro esqueleto fue surgiendo lentamente del suelo. Apareció primero la calavera a ras del hueco abierto en las baldosas.

La risita resonaba intermitente.

Tras la calavera de cuencas flamígeras, ascendieron las vértebras. La esfera dilató los maxilares, cabeceando en oscilación inverosímil.

Glen Archer, gimiendo entre estertores y escalofríos, intentaba en vano desasirse del gélido abrazo mortal. Sus esfuerzos eran anulados por el intenso terror que le había inundado de pronto, aniquilando su energía.

Ladeó el rostro, y la calavera mordiente imitó el movimiento.

El esqueleto en la esquina iba creciendo en su lentísima ascensión. Ondeaba el sudario gris, y las rótulas crujieron.

Glen Archer, por primera vez en su vida, rió ruidosamente, incontinentemente.

Sus carcajadas fueron en aumento, desorbitándose sus ojos, exangüe la faz crispada en contracciones demenciales.

Al volante, explicó Jim Langlen:

—Como comprenderás no podía levantar la liebre, entrando en la funeraria. Glen Archer, además de callarse, me habría ordenado largarme. Pero ya he ido atando cabos, Sam. La solución está en el panteón Sinclair, y ahora mismo. Ya viste que fui al teléfono antes de subir al coche. Glen Archer está en el cementerio marino.

—Y tú, que me entere yo ¿qué es lo que pretendes ahora?

—Emplear el sentido común.

—¿Cazando criminales por un cementerio? Anoche hubo gamberradas, pero ahora el esperpento ya está escamado, y no se asomará. Y menos aún, si es que sigue rondando, cuando nos vea llegar a los dos juntos.

—Tenemos que partir de una base indiscutible, Sam. Lo que

ocurre en el cementerio no lo puede ignorar el guardián, que un gorila sospechoso llamado Ashley Burton.

—Si te pones a sospechar de los honestos sepultureros y guardianes, vamos apanados.

—Ashley Burton solicitó del Ayuntamiento que le fuera concedido el turno permanente nocturno, pretextando que quería beneficiarse del derecho a vivienda gratuita. Obtuvo el turno y la vivienda.

—Cosa natural. Un trabajador ahorrativo con unos años de sepulturero puede retirarse.

—Burton es un gorila taciturno al que es difícil extirparle las palabras.

—La profesión que se gasta no es para sentirse charlatán. Si lo que pretendes es agarrar a Burton para que hable, vas listo.

—De momento, registraremos a fondo el panteón Sinclair. Dijiste que el esperpento se esfumó por las cercanías del panteón Sinclair, como si la tierra se lo hubiese tragado.

—Eso es.

—La tierra no traga sino aquello que se planta o se entierra. Por consiguiente, persisto en que dentro del panteón hallaremos la solución de este caso.

—Así sea.

En la almohada, el rostro ladeado de Gus Larrikin presentaba un intenso color amarillo.

Rodeó con sus brazos la almohada, sonriendo beatíficamente, porque en su sueño, la imagen de Toots, la camarera, adquiriría un prodigioso resalte de panorámica sensacional.

Toots entraba sigilosamente en el dormitorio, cuya puerta acababa de entreabrirse suavemente.

En el sueño, Toots, sonriendo cariñosa, acariciaba una mejilla de Gus Larrikin, susurrándole al oído:

—«Hemos de casarnos apenas salga el sol, Gus».

—«Sí, sultana mía».

—«Tu asedio constante me ha rendido, Gus».

—«Ya era hora, ricura. Dime que me adoras y que estás loquita por mis huesos... huesos...».

Despertó Larrikin bruscamente, y lanzó un chillido estentóreo que hubiera hecho palidecer de envidia a una «prima donna».

La alta silueta esquelética avanzaba, flotante el sudario gris.

En alto un brazo. Y las cinco huesudas varillas terminales empuñaban un largo cuchillo.

El acero afilado se clavó con fuerza.

CAPÍTULO X

El guardián nocturno del cementerio marino, Ashley Burton, salió de su vivienda.

Langlen dejó de sacudir la verja.

Ashley Burton, masticando estólidamente, avanzó, en alto el farol que desparramaba una luz rojiza. Lo tendió hacia la verja deslumbrando a los dos visitantes. Abrió en silencio.

Entrando, anunció ceñudo Jim Langlen:

—Vienes con nosotros, Burton. Camina delante. A tu perrera, no. Hacia los panteones.

Ashley Burton caminaba con pesado bamboleo, escoltado a los flancos por los dos irlandeses.

La brisa nocturna mecía blandamente las copas de los cipreses, arrancándoles arpegios susurrantes. La luna brillantaba las pulidas superficies de las lápidas y las salientes aristas decorativas de los monumentos funerarios.

—Haces alto delante del quinto panteón a tu derecha. Burton —murmuró el sargento Langlen.

Ashley Burton se detuvo ante el panteón de los lobos de mar, rodeado por un timón.

Encendió Langlen su linterna eléctrica, proyectando el haz contra el suelo. La ofreció por la empuñadura.

—Das la vuelta, Sam, y acechas la salida posterior, mientras éste y yo entramos a visitar el interior.

Sam Malone dio la vuelta al panteón y permaneció acechando los tres peldaños posteriores que terminaban ante una verja cerrada.

Las barras de hierro plateado cortaban verticalmente las tinieblas interiores.

Un silencio absoluto imperaba, removido únicamente por el tenue susurro de los cipreses. Un fuego fatuo bailó en lenta pavana, de fosforescente revoloteo, sobre una tumba lejana, destellando sus

reflejos en el césped.

Jim Langlen empujó por un hombro a Burton que empezó a descender las escaleras dando acceso al interior de la cripta-panteón.

Colgó Burton el farol en un saliente sobre una urna empotrada en una esquina del abovedado recinto.

Jim Langlen fue recorriendo con el foco de su linterna el suelo y las paredes. Se acercó a un nincho abierto, en cuyo tabique superior pendía de un cable, una bombilla. Apagada.

—Ven acá. Burton.

La bombilla se encendió y Ashley Burton, acercándose, se colocó al otro lado del abierto nicho. Colgantes los largos y musculosos brazos, inexpresivo el rostro erizado de cabello rojizo.

Apagando su linterna, examinó Langlen el interior del nicho, sin hallar nada que llamase su atención. Comentó:

—Encendiste esta bombilla, pero los muertos no necesitan luz, Burton.

—Sí los visitantes —afirmó roncamente el sepulturero.

—¡Sam! —llamó el policía—. Empuja la verja de atrás.

Las voces resonaban amplificadas. Y resonó amplificado el eco metálico de la verja al ser sacudida con vigor.

—Está cerrada —manifestó Malone.

—Ven acá, Sam. Por la otra entrada, claro.

La luz rojiza del farol y la de la bombilla polvorienta, permitían divisar suficientemente todo el interior de la cripta-panteón.

Sam Malone bajando las escaleras miró en torno al detenerse en el centro.

—Aquí hay gato encerrado —aseguró Langlen—. No me mires así, Burton, porque me inspiras unos deseos atroces de incrustarte la cabezota dentro de este nicho.

El guardián nocturno encogió los macizos hombros y dijo:

—Respete el lugar, Langlen.

La diestra del policía se cerró, retrocediendo el codo a la vez. Se interpuso Malone.

—Aquí dentro, no, ostras. No eres ningún cegato para no darte cuenta que estamos rodeados de gente que quiere descansar en paz, Jim.

—Este apestoso gorila sabe que aquí dentro entró de visita, hace

poco Glen Archer. Contesta. Burton.

—No.

—¿No, qué?

—No sé. Dormía. Vine porque agitaban la verja.

—La que agitaré antes de usarla será tu hedionda persona infrahumana, Burton. No te escandalices, Sam. Estamos afrontando una verdad aplastante. Glen Archer entró aquí y no ha salido. Ya oíste lo que dijo el agente que tengo apostado a cincuenta metros de la verja. Glen Archer abrió esta verja, entrando, a las nueve menos cinco. Y nosotros hemos llegado a las nueve y quince. No vimos a Glen Archer, ni tampoco lo avistó el agente.

—Pudo salir por atrás —insinuó Malone.

Jim Langlen iba repicando en las lápidas. Explicó la razón:

—Alguna puede ser una tapadera quita y pon.

El recinto albergaba veintidós nichos cerrados, con la mención en letras grabadas en mármol del miembro de la familia Sinclair reposando tras la lápida, hasta el Juicio Final.

Seis nichos tenían su acceso abierto. Al fondo, sólido cemento.

Jim Langlen se lamió los nudillos. Sam Malone examinaba las baldosas de granito tapizando el suelo en grandes rectángulos.

Ashley Burton, masticaba, fijas las pupilas en la esquina en que su farol pendía.

—¡Fuera, tú! —Rugió de pronto Langlen—. Sí, tú, enterrador.

Ashley Burton se dirigió hacia el farol, pero adelantándose, lo cogió el policía.

El sepulturero subió las escaleras. Bajo el pórtico, los tres hombres permanecieron silenciosos, entre las dos tallas representando lobos de mar. De sonriente rostro puerilmente pintado en la madera.

—Por arte de magia no se esfuma nadie sin dejar rastro —masculló Jim Langlen—. Déjame pensar, Sam... Eso es. Vamos a tu caseta, Burton. Tienes la lista de los que recibieron sepultura en la última semana, ¿verdad? Quiero echarle un vistazo.

El acero afilado se clavó con fuerza en el colchón.

Gus Larrikin lanzando alaridos pavorosos, se revolcaba por el suelo, mientras la esquelética figura del sudario gris pugnaba por

extraer el acero del muelle colchón.

Gus Larrikin dejó de girar por el suelo, para brincar en pie, abalanzándose a la puerta, que abrió con recio estirón.

Corriendo por el pasillo, penetró con ímpetu en el dormitorio del profesor Sean Mulligan, que sentado ante su mesa de trabajo, sostenía la lupa sobre un libro.

—¡La canija, la canija! —Sollozó Larrikin, enlazando los hombros de Sean Mulligan con tembloroso brazo.

—Gus, muchacho, excusa tu intempestiva irrupción y los procedentes ladridos, habida cuenta que sufres un ataque rozando el delirio, por causa de tu ictericia.

Gus Larrikin, resollando y tambaleándose, fue a sentarse en la cama del profesor que le contemplaba con científico interés.

—Ostentas todos los síntomas de la enfermedad hepática producida por un susto repentino, Gus, muchacho. Matices amarillos en la córnea, y livideces de marcado tono macilento. Escalofríos sudorosos, y temblores incontenibles.

—Si entra la canija aquí, también le da ictericia a usted mismo.

—Has tenido una pesadilla. Anda, vuelve a tu lecho.

—Ni amarrado. Oiga, profesor, le juro que un esqueleto me apuñaló.

—Delirio sintomático persistente.

—El esqueleto quiso apuñalarme, pero me zafé a tiempo. Lo que no sé explicar es cómo pude llegar por mis pies aquí. Tengo las piernas de pura gelatina membrillosa.

—Dices que un esqueleto pretendía apuñalarte, Gus.

—Con un cuchillo largo de cocina, o de matarife, que se hundió hasta la empuñadura en el colchón.

—Albricias. Podré demostrarte que era una pesadilla. Ven conmigo, Gus.

—¿Dónde?

—A tu cuarto.

—Lo dejamos para mañana, ¿eh, profe?

—No te niegues a la comprobación. Admito la zozobra del adornado prisionero de onírica pesadilla, pero no tolero la cobardía alentando en el hombre despierto.

Abandonó Mulligan su habitación, y tras él, Gus Larrikin camino respirando fatigosamente.

Las luces encendidas iluminaban el dormitorio de dos camas gemelas. Se dirigió Mulligan a la cerrada ventana y sacudió las cortinas.

—Primera comprobación, señor Larrikin. Pasemos ahora a la segunda que demostrará que usted ha sido víctima de una pesadilla producida por su...

Sean Mulligan, interrumpiéndose, se inclinó sobre la cama. Una amplia rasgadura en la sábana y en la tela listada, rebosaba de lanudos mechones. Hundió Mulligan la mano, y sus yemas tocaron la otra abertura rozando el rizoso metal del sommier.

Dijo solemnemente:

—Mis excusas, señor Larrikin. No era una pesadilla.

—Elijo esta tumba. Reciente, Burton.

Jim Langlen repiqueteó con el dedo sobre la abierta página del libro-registro. Leyó Sam Malone en voz alta:

—«SOTO MÉNDEZ. Julián. Sexta, octava, Mex».

—Traduce, Burton —exigió el policía.

—Sexta tumba, octava hilera, sector mejicano.

—Coge una pala, Burton. ¿No me oyes? He dicho que cojas una pala.

—Ostras, Jim, esto ya pasa de castaño oscuro.

—Julián Soto, excapitán de rurales en Sierra León, muere durante la travesía, de regreso a Mobile. Desembarcó del «Tucumán II», metido en un ataúd por mediación profesional de Laird Wallace. Y esta tarde, me dio por recorrer con la vista las tumbas mejicanas, Sam.

Burton desprendió una pala de su soporte.

—Y una azada también, Burton. Quiero que abras la tumba de Soto.

—Permiso judicial —exigió Burton.

Langlenladeó la cabeza y crispó los puños. No se interpuso Malone, porque el guardián alzaba la pala defensivamente, terciada ante el pecho.

—Nunca es tarde si la dicha es buena, y lo será para mí, Burton. Escucha, Sam, yo llevo las riendas, ¿quieres? Esta tarde le eché el ojo encima a dos tumbas mejicanas. Elegí con preferencia la de

Soto, porque se relaciona con el supuesto tesoro. ¿Coges la azada sí o no, Burton?

—Permiso judicial. No lo tiene.

—No lo tengo. Te apuntas un tanto. Explícame un detalle en el que eres técnico, Burton. Un difunto enterrado hace cinco días, llamado Carlos Mayoral, tumba cuarta, octava hilera, y que murió de muerte normal, luce un corto, pero hermoso césped sobre el montículo que le sirve de techo. Los sepultureros, Sam, plantan brotes de césped, tras alisar la tierra. Alegra la vista. Y ahora pregunto yo: ¿si hace cinco días solamente que fue enterrado, por qué Carlos Mayoral disfruta de buena hierba, y en cambio, Julián Soto, sepultado hace seis días, ostenta un césped más raquítico?

Sam Malone arrugó la frente en esfuerzo pensativo y vano. Aclaró Langlen:

—Este inmundo gorila conoce la respuesta, pero no lo soltará por las buenas. La respuesta es sencilla, Sam, abrieron la tumba de Soto un par de días después de ser enterrado. Agarra una azada, Sam. Trae la pala, Burton. Te quedas aquí mientras Sam y yo excavamos.

Ashley Burton entregó la pala.

La pala resonó hueca y repetidamente sobre el cráneo de Ashley Burton.

Jim Langlen resopló satisfecho al aplicar el sexto golpe de pala, y mirando al suelo, aseguró:

—Para que te sirva da escarmiento, bestia. Ayúdame a llevarlo al coche, Sam. Iré a por el permiso judicial, porque no se puede exhumar un cuerpo, sin autorización legal.

Cogiendo por un inerte brazo a Burton atrajo Malone al compás otro estirón de Langlen. Entre ambos, soportaron en pie, manteniéndole bajo los sobacos al sangrante y desvanecido guardián.

En el trayecto dijo Langlen:

—A éste no es posible hacerte hablar.

Ashley Burton cabeceaba y el policía le asió por el cuello:

—Salpicas, gorila. Como ya me oyes, procuras asimilar lo que se te avecina. Tu participación en los monstruosos manejos del panteón y demás tumbas, te ha concedido asiento en la cámara de gas. Una muerte demasiado suave para ti. Antes, intentaré hacerte

hablar, Burton. Y cuando te quede nada más que un soplo de vida, te dejaré en paz. ¿Quién sabe? A lo mejor habla, ¿no, Sam?

—Vete a saber. A mí me dejas en casa y me recoges cuando tengas el permiso para excavar.

Sam Malone al entrar en su habitación buscó extrañado a Larrikin. Pasó a la habitación contigua, y el profesor Mulligan le saludó efusivamente, alborozado:

—Llegas a punto, Sam, muchacho.

—Ostras, vaya cara más rubia, Gus. Será preferible llevarte a la tintorería, digo a la clínica.

—No estoy para guasas, Sam. Estoy febril y atormentado —gimió Larrikin.

—Cosas de la ictericia, hombre.

—Fue la canija. Me falló por un pelillo. Ya te dije que tenía presagios negros, y que rondaba la muerte. La huelo, la estoy oliendo. Fetidez de cadaverina.

—¡Tregua a su auto delirio, señor Larrikin! —ordenó el profesor asestando un reglazo en la mesa—. Se complace en su masoquismo temeroso.

—Sí, como que era un «masoquisque» el esqueleto prolongándose con un cuchillo. ¿Delirio, eh? Y el cuchillazo destripó la colchoneta. Si no me aparto, la pringo. Sam. Y te quedas huérfano.

—Razonemos, señores. Gus afirma que un esqueleto intentó apuñalarle. La huella dejada por el cuchillo, la he palpado. Por consiguiente, existió la agresión con instrumento inciso, cortante. Ahora bien, un esqueleto no pierde su tiempo ultra terrenal en acto delictivo y muy terráqueo, como lo es el asesinato frustrado. Queda pues comprobado que el esqueleto es el disfraz que emplea el asesino, valiéndose de su truculencia como protección, para explotar el insondable pozo de la humana estupidez con sus ancestrales supersticiones aniquiladoras del buen sentido.

Bebió Sean Mulligan un sorbo de agua, momento que aprovechó Malone.

—Jim Langlen husmea ya la pista del espantajo, profesor. Está todavía indagando, pero parece que ya atisbo bastante, porque estudio cómo crece la hierba y otras zarandajas astutas por el estilo. No es tan cerrado de mollera como supuse. Vendrá a recogerme

para que vayamos a abrir una tumba.

—Discrepo. —Silabeó el profesor.

—Usted verá lo que decide, profesor. ¿Qué significa el discrepo?

—Que no estoy de acuerdo con exhumaciones prematuras. Nunca se construyó un sólido edificio empezando por el techo o remate, Sam. Comprendo que, dadas las circunstancias, y habida cuenta de lo macabro del caso, Jim esté bregando con el más profundo de los desconciertos. Tan pronto venga Jim me lo traes, Sam, muchacho. Id a reposar un poco. He de seguir meditando. Tengo casi todas las piezas del rompecabezas y, me falta solamente una. La conseguiré.

En la habitación, contemplando el colchón rasgado, dijo Malone:

—Tú verás como el profesor da en la tecla, Gus. Vamos a razonar, si es posible. Es impepinable que te quisieron escabechar porque sabes algo peligroso. Un secreto que significa tu muerte, Gus. Haz memoria. ¿Qué es lo que sabes?

—Lo único que sé es que tengo calenturas pensando que me quieren abrir en canal, a mí, que no me meto nunca con nadie.

—En parte, el castigo a tu gamberrada de anoche, Gus.

—Aquello fue una inocente travesura.

—Sí, pero Oly Brand sigue en la cama.

—Yo lo que digo es que el crápula que me acecha disfrazado con muy mal gusto merece un castigo espantoso.

—Debiste tropezar con algo que supone un peligro para ti. Pensamos a fondo, Gus.

Respaldado en la cabecera de su cama, cerró Malone los ojos. Fue respirando rítmicamente.

Gus Larrikin tranquilizado por la compañía, dormitó con intermitentes sobresaltos.

Jim Langlen subía las escaleras cuando, imponiéndole silencio con un ademán, el profesor Mulligan le señaló su propia habitación.

Dentro, Jim Langlen vio cómo el profesor cerraba la puerta y le señalaba la esquina junto a la cerrada ventana.

—Sam duerme, y déjale reposar, Jim. Al parecer quieres abrir una sepultura.

—Hay que dejarlo para mañana, porque el permiso judicial sólo autoriza a exhumar en las horas diurnas.

—¿Crees que puedo ayudarte, Jim?

—Que me aspen si no tengo la certeza de que usted es el más indicado para reunir en ramillete todas las briznas sueltas que he ido recogiendo.

—Entonces, con todo detalle, cuéntame tu cosecha.

Jim Langlen contó con todo detalle, y al Analizar, asintió Mulligan:

—Has progresado mucho, pero ya has trabajado bastante esta noche.

Miraba Langlen el objeto junto a la lupa y al libro, expuso Mulligan:

—Obtuve licencia para uso de arma corta. Jim. Y pasaré la noche en vela vigilando. Mañana, cuando tenga en mi poder todas las piezas del jeroglífico, convocaremos a determinado número de personas. Ahora, Jim, irás en busca del dato único que me falta para consolidar mis deducciones. —Y tendiendo una cuartilla añadió el profesor—: Aquí está escrito lo que debes traerme, y que recogerás esta misma noche. Tu autoridad te lo permite te abre todas las puertas. Buenas noches, Jim.

En el coche, el sargento Langlen leyó la primera línea:

«HORACE SINCLAIR».

Se masajeó la nuca.

CAPÍTULO XI

Faltaban minutos para las once de la mañana. Pat Greengrass ayudado por su hermana Maureen, alineó sillas en la sala de la posada, destinada a lectura de periódicos y juego de damas.

Al fondo habían colocado una mesa, y tras ella una silla. Sobre la mesa, dejó Pat Greengrass una jarra de agua y un vaso.

Hundidas las manos en los bolsillos del abrigo de cuadros verdes y azules, Gus Larrikin, sentado cerca de la puerta, junto a Sam Malone, preguntó:

—¿A quiénes ha convocado el profe, Pat?

—No sé. Lo único que me pidió es que preparase esta sala, porque iba a dar una conferencia, y que vosotros dos os sentaseis aquí, junto a la puerta de comunicación con el bar.

El excampeón welter, se alejó renqueando, yendo hacia el mostrador.

Gus Larrikin rió jubiloso.

—Estás resucitando, Gus —sonrió Malone.

—Por la mañana, antes de ir a su clase de antropología, el profe me juró que ya no tenía nada que temer. Me he curado, dijo.

—Y por eso te ríes como en los buenos tiempos, ¿eh?

—No, hombre, es que rumiaba algo gracioso. Resulta que a los conferenciantes los presentan, y dicen, por ejemplo: «Nos honra el célebre filósofo Tal y Tal». Supongamos que él profe que es antropólogo da una conferencia en un pueblo de esos perdidos en la montaña. Y el alcalde, muy orondo, anuncia: «Señoras y caballeros, les presento al famoso antropólogo Sean Mulligan»...

Malone le dio un codazo a Larrikin que relinchaba celebrando su chiste.

—Cierra el pico, Gus, o nos van a echar.

Entraba Horace Sinclair, acompañando al profesor que llevaba una voluminosa cartera. Seguía Jim Langlen.

Respingó Malone al ver aparecer a Adelfa Salgado, que le miró con tenue sonrisa. Cogía del brazo a un marino uniformado.

—El capitán Bravo —susurró Larrikin.

Sinclair, Langlen y los dos mejicanos ocuparon sillas cercanas a la mesa, tras la cual, sentándose, el profesor Mulligan abrió su cartera.

Tosió antes de anunciar:

—No es preciso hacer ninguna presentación.

Gus Larrikin hundió el rostro en un hombro de Malone, bisbiseando:

—De acuerdo, antropófago.

—Calla, ostras, o nos echan.

—Todos los presentes nos conocemos más o menos. No es preciso que cierres la puerta, Sam, muchacho. Cuánto aquí diga yo, puede ser oído, sin menoscabo para el resplandecimiento de la verdad.

Mostró Mulligan un libro carcomido.

—Esté tratado contenía una contradicción palmaria. Se refería a las costumbres aztecas y, sin embargo, en un dibujo intercalado, el capitán Soto había trazado símbolos de la civilización maya. Ésta fue la primera comprobación que alertó mi curiosidad.

Presentó Mulligan el recuadro encristalado conteniendo seis mariposas de multicolor exotismo.

—Esta especie precisa para su nutrición el jugo que extraen de piteras que el ganado desprecia por su amargo sabor. Piteras que solamente crecen, en una ladera rocosa de unas diez millas a la redonda, en la vertiente occidental de Sierra León.

Dejando el retablo sobre la mesa, agregó Mulligan:

—El capitán Soto después de dibujar símbolos mayas, reunió estas seis mariposas de la misma especie. Con ello, aludía a restos mayas en la zona rocosa de la vertiente oeste de Sierra León.

Alzó el álbum de mineralogía:

—En la página quinta, el original mostraba copias fotográficas en color de unos cuarzos comunes. Pero el capitán Soto pintó encima de los originales, empleando purpurina. Era su tercer indicio indicador. El cuarzo veteado de purpurina se halla únicamente en unas minas situadas en Monte Roquedal. Por consiguiente, sabíamos ya que el capitán Soto reclamaba nuestra atención sobre Monte

Roquedal y sus minas. Deducción que pudimos alcanzar gracias a las dos primeras localizaciones.

Sean Mulligan sacó de un sobre varias fotografías.

—Plasman la escala cromática maya que empleaba la gama decreciente que se halla en el plumaje del cruce de papagayo ara con cotorra real. Cada tonalidad equivale a una palabra. Resumiendo, y para no ser prolijo, el mensaje secreto del capitán Soto, que yo amplió para mejor entendimiento, decía que existía un tesoro maya subterráneo, en tres capas superpuestas, en una mina abandonada de Monte Roquedal, en la vertiente oeste de Sierra León.

Extrajo de la cartera un telegram y lo aliso.

—Telegrafíé al Departamento correspondiente mejicano, solicitando el obligatorio permiso de prospección minera, limitándome a citar las diez millas de la vertiente oeste de Sierra León. La respuesta llegó ayer tarde y dice textualmente:

Enfocó Mulligan la lupa y leyó en voz alta:

«CORRESPONDIENDO CONSULTA INFORMAMOS
CUEVAS ARQUEOLÓGICAS MONTE ROQUEDAL
DESCUBIERTAS JULIÁN SOTO MÉNDEZ PERTENECEN
Y SON RESERVA DEL TESORO NACIONAL. *STOP.* SU
CONTEMPLACIÓN SERÁ PERMITIDA CUANDO
GOBIERNO MEJICANO HAYA EFECTUADO
PERTINENTES OBRAS DE SEGURIDAD YA INICIADAS,
STOP. SALUDAMOS RESPETUOSAMENTE».

—Adiós, tesoro mío —suspiró Larrikin.

—Hemos de abandonar la esperanza de beneficiarnos, puesto que la legítima propiedad recae en el gobierno mejicano. Epílogo de este primer tema, es la presencia del capitán mercante, señor Fernando Bravo, que muy gentilmente ha garantizado que la señorita Adelfa Salgado abandona todo propósito vengativo, y regresa a México. Reclamé su presencia, señor Bravo y señorita Salgado, para que supieran y propagasen que el tesoro de Monte Roquedal no existe ya.

El capitán mercante y Adelfa Salgado abandonaron la sala. Ella le dedicó un guiño de despedida al capataz.

Sean Mulligan adoptó un tono confidencial, pero su voz era sonora. La del catedrático acostumbrado a exponer lecciones en aulas:

—Pasaremos ahora al estudio y desenmascaramiento de una monstruosa confabulación que ha costado muchas vidas, señor Sinclair. Me dirijo personalmente a usted, porque el laboratorio mortífero se instaló hace dos años, aproximadamente, en el panteón de la familia Sinclair.

El naviero irguió el flaco torso. Mulligan hizo un ademán apaciguador, mientras el sargento Langlen acechaba vigilante al millonario.

—Un cerebro imaginativo y carente de todo escrúpulo, ingenió la trama infernal que le permitiera actuar libremente, amparado en las tinieblas reales y en las inspiradas por el terror atávico. Necesitaba infundir miedo para dedicarse impunemente a su macabro tráfico.

Gus Larrikin escuchaba boquiabierto. Sam Malone asentía satisfecho.

—Dicho individuo al que llamaremos Skelet por el momento, encontró el cómplice perfecto en un repulsivo sujeto que se llamaba Laird Wallace, dueño de la funeraria del mismo apellido. Skelet había ya planeado el modo de poder transportar marihuana desde México a un almacén inviolable: el panteón Sinclair.

Hornee Sinclair intervino secamente:

—Debo manifestarle, profesor...

Mulligan golpeó sobre la mesa con su regla.

—Manifestará al término de mi exposición, Sinclair, Skelet necesitaba también disponer de un confidente en el departamento policíaco. Lo detuvo ya el sargento Langlen y el confidente confesó plenamente.

Jim Langlen asintió ufano.

—Confesó más o menos voluntariamente, e interrogado con habilidad, dijo qué recibía un salario extra para informar sobre todas las indagaciones referentes al tráfico de, marihuana. Indagaciones que le costaron la vida a Ted Foster. El confidente introducía sus informes en un sobre que dejaba en un nicho abierto del panteón Sinclair. Desconoce la identidad del que pagaba. Pero confesó que el inspector Brian Seldom, el legítimo enviado de

Washington, había sido sustituido y asesinado por Glen Archer, pistolero criminal a sueldo desaparecido desde anoche.

—El tipo siniestro, ¿ves? —bisbiseó Larrikin.

—Ahora bien, reuniendo datos obtenidos a través de las declaraciones amistosas de los señores Sam Malone y Gus Larrikin, llegamos a una conclusión. Skelet se disfraza para asustar a los posibles intrusos que puedan sorprenderle en su macabra tarea de exhumar ataúdes, ayudado por Ashley Burton, guardián nocturno. Si emplea tantas precauciones, ¿con qué apariencia sale del panteón para regresar a su existencia aparentemente normal?

La pausa aumentó la curiosidad. Y declaró Mulligan:

—Para ir a su domicilio, no sale del panteón. No necesita salir al exterior ni entrar desde el exterior. Anoche solicité del sargento Jim dos planos que existen en la Biblioteca Municipal de Mobile...

Sam Malone alzó una mano, en petición de permiso.

—Habla, Sam, muchacho.

—Junto a la puerta abierta, pegada como una lapa, estaba Maureen escuchando. Salió corriendo, ha hablado con Pat, y se dirigen a la bodega, profesor.

—Gracias, Sam, por el dato complementario. Tranquilece su ofendida suposición, señor Sinclair. Nunca le acusé de nada. Skelet es Pat Greengrass, en alternada colaboración con su hermana Maureen. Maureen es la que anoche quiso apuñalar al señor Larrikin.

—¡Valiente bruja! —imprecó Larrikin.

El sargento Langlen, en pie, protestó:

—Al revelarles usted que les iba a desenmascarar, los Greengrass escapan, profesor.

—Seré cándido, pero no imbécil, Jim. Pat y Maureen han visto el coche policial en la puerta. No pueden huir por allí. Pretenderán huir por donde quiero yo, por donde les impongo yo. Sí, señores, el plano del panteón Sinclair, demuestra que fue construido sobre una amplia concavidad. Esta concavidad, y el plano la detalla, comunica con el sistema de cloacas, por uno de cuyos ramales, que conectaron con la bodega, están ahora escurriéndose como ratas Pat y Maureen Greengrass. Hacia la concavidad. Para huir por el cementerio.

—¡Que me aspen, profesor! —gritó Langlen—. ¡Voy a por ellos antes que escapen!

—Calma, Jim. Están atrapados como ratas. El segundo plano, el del sistema subterráneo de aguas residuales, revela topográficamente que un ramal, cegado y taponado hace años, se tiende desde la concavidad bajo el panteón Sinclair hasta la alcantarilla de la calle en la que tiene su fachada la posada «Greengrass».

—Y por la bodega, los Greengrass abrieron brecha haciendo una galería o pasadizo hasta el panteón. —Remató Langlen impaciente —. Iban y venían sin la menor dificultad.

—Porque este ramal no comunica con los otros. Sugiero como final adecuado, que salgamos a apresar a los dos monstruos. Abren la marcha Jim Langlen y Sam Malone. Por la bodega, muchachos.

El sargento y el capataz se abalanzaron hacia la bodega.

El profesor Mulligan añadió, dirigiéndose a la que lloraba en el umbral:

—Te aconsejo que consueles a tu tía Tess, que es inocente y no sabía nada de todo esto, Toots. Anda, hija. Señor Larrikin, acompañe a Toots en su misión caritativa.

Gus Larrikin se precipitó, aprovechando la ocasión que le salvaba de verse obligado a recorrer un fúnebre pasadizo.

—Señor Sinclair, iremos a comprobar los detalles complementarios.

El portalón de madera a ras de suelo estaba alzado.

Una escalera vertical conducía al túnel construido por Pat y Maureen Greengrass, para enlazar con el ramal de cloacas deslizándose en galería bajo tierra hasta el cementerio.

Bajando la escalera expuso Mulligan:

—Tuve la primera sospecha cuando Sam, muchacho sin imaginación, en una de sus charlas conmigo, hizo alusión a los crujidos de las rótulas de Skelet. Crujidos del reuma articular que padece Pat Greengrass.

Encendió Mulligan una linterna eléctrica. Al ir caminando delante de Sinclair, prosiguió diciendo:

—La ambición de Pat era retirarse a su aldea natal convertido en un adinerado señor. Convenció a su hermana Maureen. Altos y magros, podían revestir la malla esquelética con apropiada verosimilitud. La calavera, un cartón hueco con dos pequeñas bombillas accionadas por pilas. Y, por último, las sospechas, sí

algún día se presentaban, recaerían sobre usted, alto y magro, y propietario del panteón, Sinclair.

En un recodo de la galería estrecha, donde las aguas estancadas exhalaban pútridas emanaciones, Jim Langlen atravesó la pasarela de tablas.

En la otra margen angosta, donde sólo podía avanzar una persona a la vez, refunfuñó Malone:

—Esta mueca es horrible, ostras.

—De pánico mortal, Sam. Colapso cardíaco.

—La risa clavada en el rostro es horrenda.

Glen Archer yacía boca arriba, medio sumergido en las pútridas aguas.

Avanzando por el otro paso, manifestó Langlen:

—El profesor afirmó que no podían escapar.

La voz del profesor amplificadas por el estrecho túnel, les llegó a los oídos:

—El panteón tiene sus dos verjas apuntaladas exteriormente con viguetas de hierro, desde el amanecer. Están atrapados como lo que son: como ratas, muchachos.

En la concavidad natural abierta bajo el panteón Sinclair, Pat Greengrass, teniendo a su lado a Maureen, pulsó una palanca.

Una parte rectangular del techo se abrió horizontalmente.

La plataforma elevadora en que se hallaban los dos hermanos fue ascendiendo lentamente hacia el panteón.

Instantes después se aferraban cada uno con inútil y creciente furor a las verjas, que no cedían.

Pat Greengrass pisó nuevamente la plataforma y movió el mecanismo, bajando.

En la concavidad sacó de un hueco en la pared una larga malla negra con blanquecinos apliques simulando osamenta. La revistió cerrando la cremallera bajo su mentón. Recogió la hueca calavera cubriéndose con ella la cabeza.

Colgó del cuello fingiendo vértebras, el sudario en jirones. Y empuñó una pala de bordes cortantes.

Avanzó por el ramal, con sacudidas de rótulas.

Sam Malone llevaba dos pasos de adelanto al sargento Langlen.

Oyó el crujido acercándose. Cuando iba a doblar el recodo, oyó también el tétrico susurro.

Que ahora era un sofocado gruñido de rabiosa desesperación homicida.

El borde acerado de la pala rasgó el aire chocando ruidosamente en la pared del recodo.

Sam Malone había saltado al canal. El agua llegó a sus rodillas.

Se proyectó, distendiéndose con furor acumulado. En alto el garfio de estibador.

El pico corvo se hincó profundamente en un hombro de Skelet.

Pat Greengrass cayó de bruces en la fangosa agua residual, atraído como un fardo.

El puño izquierdo de Malone iba aplastando el cartón macabro, hasta que intervino Langlen:

—No sigas, Sam, o no me vas a dejar nada para mí.

En su habitación, el profesor Mulligan resumió:

—Los cables conectaban desde la concavidad con el nicho de la bombilla, en el cual dejaba Pat el dictáfono. El esqueleto, verdadero y sin falsía, que hallamos también en la concavidad, estaba clavado por sus plantas en una tablilla deslizante. Se erguía y movía porque estaba articulado a las pilas de «control-remoto», manejadas por Pat o Maureen. La bala en el cráneo es reciente. La disparó Archer, muerto de un colapso cardíaco, aniquilado por el pavor.

—¿Quién mató a Ted Foster? —preguntó Langlen.

—Glen Archer seguramente, por orden de Pat, que no podía decirle que no asesinase en esta posada.

—¿Quién quiso acuchillar a Gus? —inquirió Langlen lápiz en ristre.

—Maureen. Debido a que, indirectamente, con su visita al cementerio, Gus precipitó los acontecimientos. Todo aclarado, regreso a mis habituales tareas, Jim. ¿Para cuándo la pelea con Sam?

—Estamos... menos tirantes. Veremos.

—Discrepo. No pelearéis. He dicho, Jim. A tu trabajo.

Lorena Sinclair abrió personalmente, y el envarado mayordomo se retiró.

Sam Malone, de traje azul, camisa blanca y corbata roja, se pasó la mano por el abrigantado cabello, y dijo:

—Me puse de gala, Lorena bonita.

Espontáneamente tendió ella la mano asiendo la diestra del visitante, llevándole a un salón.

—¿Quieres tomar té, Sam?

—Ostras, no. Ésta, porque... este brebaje no me sienta bien. Prefiero café con leche, tostadas y un poco de confitura. De albaricoque, ¿eh?

Mientras merendaba, deslizaba de vez en cuando miradas al circundante decorado. Dijo por fin:

—Vamos al cine, Lorena preciosa. Aquí me... intimidado, ¿te enteras?

Y en el cine, a petición de Lorena Sinclair, explico su personal concepto del hogar. Chimenea de troncos en la cocina-comedor. Habitaciones pequeñas y cómodas. Pollo todos los domingos. Sólo los domingos.

Susurró ella en la penumbra:

—Me gustaría, Sam. Creo que contigo seré feliz, Sam.

Un susurro glorioso, un susurro que estremeció de embeleso a Sam Malone.

FIN



AGENTE ESPECIAL

M. Lafuente Estefanía

—Sí, amigo. Desde que en la comarca ha empezado a faltar el ganado, los forasteros nos resultan poco simpáticos. Ande con tiento o pronto habrá una muesca más en mi revólver y un forastero de menos en el pueblo.

Nevada sonrió imperceptible, pero no contestó.

En primer lugar, porque le disgustaban los fanfarrones, y en segundo, porque la misión que le habían encomendado iba a necesitar de toda la cautela y sagacidad de que él era capaz.



MARTÍN DOW

Aparecerá la próxima semana en la
colección **TEXAS** * * * * *

TESOROS OCULTOS



RIQUEZAS

QUE

ESPERAN...

... la mano atrevida que las arranca de su escondrijo de siglos.

Son muchos (más de los que suponemos) los tesoros ocultos que cualquiera de nosotros puede encontrar estudiando antiguas leyendas o localizando los documentos reveladores.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.





COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de que es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

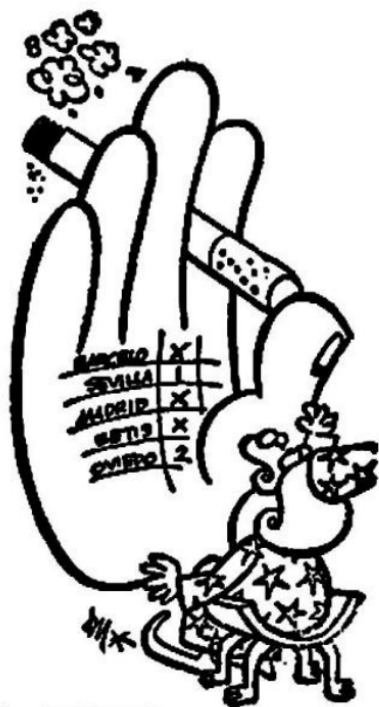
LA QUIROMANCIA

¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitanos?

¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vámonos a verlo.



**MARABU
ZAS**



BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

366 — Armando Sandoval
TE QUIERO, FARSANTE

COLEC. "MADREPERLA"

762 — Celia Bravo
CARAVANA DE AMOR

COLECCION "ROSAURA"

706 — Carlos de Santander
PESCANDO MARIDO

COLECCION "ANAPOLA"

593 — Della Campos
EL AMOR MANDA

COLECCION "ALONDRA"

527 — Corín Tellado
DUDAS

COLECCION "CAMBIA"

465 — Jesús Navarro
LAS BODAS

DE LUIS SALGADO

COLECCION "CORAL"

166 — Corín Tellado

UN DOBLE PARA
PATRICIA

COLECCION "CORAL"

167 — Corín Tellado

CUIDADO CON EL AMOR

COLECCION "CORAL"

262 — Corín Tellado

TE PRESENTO A MI

MARIDO

COLECCION "BISONTE"

807 — Silver Kane

¡MATAD A LOGAN!

Col. "SERVICIO SECRETO"

671 — Donald Curtis

HERMANDAD SINISTRA

COLECCION "BUFALO"

504 — Orland Garr

PAGO A LA VIOLENCIA

COLECCION "CALIFORNIA"

351 — John Lack

EL OSO DE LOS PICACHOS

COLECCION "TEXAS"

372 — Alf. Regaldie

BRIBONES

ENMASCARADOS

COLECCION "COLORADO"

296 — M. Lafuente Estefanía

AGRADECIMIENTO INDIO

COLECCION "KANSAS"

262 — Keith Luger

ARDIENTE

COLEC. "BRAVO OESTE"

126 — A. Rolcest

CERCO DE CUCHILLOS

Col. "SELECCIONES S. S."

38 — Red Harland

SU ULTIMA JUGADA

COLEC. "ASES DEL OESTE"

214 — Tex Taylor

A TIROS CONTRA

LA MUERTE

Col. "HEROES DEL OESTE"

244 — M. Lafuente Estefanía

UNA SOLA PALABRA:

¡MUERTE!

COLECCION "PUNTO ROJO"

60 — Peter Debry

SUSURROS TETRICOS

Las obras más selectas, los autores más populares
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - CIU-
DAD TRUJILLO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Bocayá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Iztaccíhuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CIÓN.
- PERU:** Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Adolfo Domínguez - Paraguay, 1.485 - MON-
TEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.

**veterano
tiene eso
un veterano
sabor**

VETERANO ES DE OSBORNE
VETERANO ESO ES COGNAC



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

